

9484

Salas

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

LA REINA DE LA OPERETA

VODEVIL ALEMAN EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

BURG y HÄRTING

ADAPTACIÓN CASTELLANA



Copyright, by Antonio Fernández Lepina, 1920

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1921

12

Handwritten text, possibly a title or header, including the word "The".

Handwritten text, possibly a subtitle or introductory phrase.

Handwritten text, possibly a main title or a key phrase, including the number "97".

LA REINA DE LA OPERETA

VODEVIL ALEMAN EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

BURG y HÄRTING

adaptación castellana de

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Estrenado en el TEATRO LARA el 16 de diciembre de 1920



MADRID

R. Velaeco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, M 551

1921

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUZ.....	Emérita Esparza.
ELVIRA.....	Guadalupe Muñoz Sampedro.
MARÍA.....	Cecilia Pérez.
BARÓN DE QUIÑONES...	Juan Espantaleón.
LUIS.....	Francisco Hernández.
CLAUDIO.....	Salvador Mora.
CARLOS.....	Salvador Soler-Mari.
LUIGI.....	José Balaguer.
PEDRO.....	Miguel Gómez.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Primavera.



ACTO PRIMERO

Hall en el hotel de Luis. Habitación amplia y moderna, lujosamente alhajada. En el foro, amplio cierre de cristales que da a una serre llena de plantas. Puerta de entrada a la habitación en el centro. Por la serre paso a derecha e izquierda. Los que vengan de la calle entrarán por la parte izquierda.

Una puerta en primer término derecha y otra igual en la izquierda. En segundo término izquierda, arranque de una escalera que conduce a las habitaciones del piso superior. Un piano en la derecha y un divancito. En la izquierda un sofá y butacas. Una mesa en el centro. Un bargueño o «secretaire» hacia el foro. Cuadros, tapices, estatuas, varios floreros, entre ellos algunos de poco valor que han de romperse. Muebles antiguos, objetos de arte, etc. Todo bueno y de exquisito gusto.

La decoración es fija para los tres actos, y por lo tanto puede y debe ser puesta con esmero.

La acción comienza en las primeras horas de un día de primavera.

ESCENA PRIMERA

BARON y PEDRO. Después, MARIA

El Barón sale de su habitación, la primera izquierda. Es un hombre de escasos cincuenta años, muy atildado y muy ceremonioso. Acaba de levantarse y de hacer su toilette. Lleva batín, camisa sin planchar y zapatillas, llama al timbre, desdobra un pañuelo limpio, enciende un cigarrillo y se pasea por el hall, deteniéndose ante la serre

PEDRO Muy buenos días, señor Barón.
BARÓN Buenos efectivamente. Una mañana deliciosa. Verdadera mañana de primavera. Abre bien la puerta de la serre para que entre el viento fresco y perfumado del jardín.

- PEDRO (Haciendo lo que le ordenan.) ¿Ha descansado bien el señor?
- BARÓN Perfectamente. Abre también la parte exterior de la serre. Muy bonito, muy elegante el hotel, pero yo me ahogo en estas jaulitas madrileñas. Di que nos sirvan aquí mismo el desayuno. (Pedro sube los primeros peldaños de la escalera y da órdenes a María.) ¿Y los periódicos?
- PEDRO (Indicando una bandeja de plata con cartas y periódicos) Aquí están con el primer correo que acaba de llegar.
- BARÓN ¡Hombre! Te he advertido que la correspondencia no se dispone así.
- PEDRO Perdón, señor Barón, no recuerdo... (María baja por la escalerita con el servicio del desayuno y ayudada por Pedro lo coloca en la mesa del centro.)
- BARÓN Las cartas están debajo y los periódicos encima. Imagínate que viene mi hijo y se sienta a la mesa. (Marcando todos los movimientos.) Lo lógico es que tome primero los periódicos. Se pone a leerlos y olvida, naturalmente, la correspondencia que queda debajo de cualquier periódico. ¿No es esto lo probable? Sí, señor Barón.
- PEDRO Para evitarlo, deben ponerse debajo los periódicos, sobre ellos las cartas... (Viendo un telegrama.) ¡Pero si también hay un telegrama!
- BARÓN Llegó ayer noche, pero como el señor Barón me ha ordenado...
- PEDRO ¡Ah, ah! Ya lo creo. Tenlo muy en cuenta para que no se te olvide. Para evitar a mi hija y a mi yerno todo género de emociones desagradables, los telegramas que lleguen por la noche se los entregarás al día siguiente. ¿Entendido?
- PEDRO Sí, señor Barón.
- BARÓN Pasado el primer año de matrimonio, podrás entregar los telegramas cuando se reciban.
- PEDRO Muy bien, señor.
- BARÓN ¿Han llamado ya los jóvenes esposos?
- PEDRO Los señoritos están en el jardín. Solo esperan al señor para tomar el desayuno.
- BARÓN ¿Que se han levantado ya? ¿Tan temprano?... ¡Si aun no son las nueve y media!... Yo he estado más de una hora haciendo tiempo. (Dando muestras de preocupación.) ¡Es

particular, muy particular! ¡Particularísimo!... ¿No será feliz mi hija?) (De repente.) Pedro. Avisa a los señoritos y vé sirviendo el desayuno en cuanto esté.

PEDRO Muy bien, señor. (El criado va a salir por la serre y se vuelve.) Aquí vienen ya los señoritos. (María vase por la escalera y vuelve a su tiempo trayendo el desayuno.)

ESCENA II

DICHOS, ELVIRA y LUIS

ELV. (Bonita, fresca y con la irradiante alegría de una feliz muchacha recién casada. Viste elegante kimono o bata.) Buenos días, papaito.

LUIS (Joven, sin ser ningún niño, mundano y simpático. Traje elegante de mañana.) Buenos días, querido papá.

BARÓN Buenos días, hijos míos. (A Elvira con mirada escrutadora.) Elvira, acércate.

ELV. (Disponiéndose a besarle.) Papaito...

BARÓN Primero, una pregunta. ¿No eres feliz?

ELV. (Echando el brazo al cuello de Luis.) Mucho más que feliz, papá ¡Felicísima!

BARÓN (A Luis, con desconfianza.) ¿Y tú, querido yerno?

LUIS ¿Yo? No me cambiaría por todos los bienaventurados de la corte celestial.

BARÓN (Sin embargo, en pie a las nueve de la mañana... Es particular, muy particular. ¡Particularísimo!)

ELV. ¡Oh, papá!... Siempre preocupado, pendiente de mí...

LUIS (Acariciándole una mano.) ¿No lo estoy yo también, tesoro mío?

ELV. (Tierna.) Claro, también tú. Y yo os estoy muy agradecida a los dos y solo deseo que siempre sea como hasta ahora.

LUIS Y así será eternamente. Por lo menos, de mí puedes estar segura.

BARÓN Y de mí, si tú hija eres lo único que tengo en el mundo, y por tu felicidad lo quiero sacrificar todo. Por ti acabo de vender mis fincas para venirme a vivir a vuestro lado, ya que tenéis el capricho de residir en Madrid. Tú, querido yerno, (A Luis.) no quiero que olvides nunca que te he confiado mi

único tesoro, y que puesto que ella te quería, no me opuse a que entraras en la familia de los Quiñones de Quesada, cuya nobleza data del siglo XII.

LUIS (Ligeramente irónico.) Un verdadero honor para un vulgar Fernández y Martínez, pero me atrevo a suplicarle, que no me recuerde con tanta frecuencia mi humilde origen.

ELV. Es verdad, papafío. Yo pienso lo mismo que Luis. Tienes dos manías incorregibles. Una es relacionar nuestro parentesco con todas las familias que figuran en el Gotha.

BARÓN ¿Y la otra?

ELV. Querer que las cosas sean como tú las piensas. Pretendes adivinar los hechos, te los imaginas como se te antojan, y acabas por creerte que así han sido.

BARÓN No te comprendo.

LUIS Es natural. Como que se trata de un fenómeno curiosísimo del que usted no puede darse cuenta. Por ejemplo. Ayer vino a visitarnos su sobrino Frutos y comenzó a contar que había roto las relaciones con la novia que tenía en Toledo. Inmediatamente le atajó usted diciendo: ¡Se comprende! Tú en Madrid, ella en Toledo. Los celos.—No—repuso él.—Es natural, una población llena de cadetes. El espejuelo del unifórme.

BARÓN Y bien. ¿No era cierto todo? ¿No asintió mi sobrino a lo que yo decía? ¿No se calló cuando luego se lo conté de pe a pa a tu mujer?

LUIS Su sobrino se calló porque es un muchacho en extremo prudente, pero al despedirse me dijo: Me ha sido imposible contradecir a mi tío, pero te advierto que he reñido con mi novia porque una mañana, que llegué de improviso, la sorprendí recién levantada y ví que tenía dos dientes postizos y el pelo teñido y que el señor que yo creía su padre era el hermano pequeño.

BARÓN ¡Hombre, el necio de mi sobrino podía haber empezado por ahí!

LUIS ¡Pero, si es que usted no le dejó hablar!

ELV (Viendo ya puesta la mesa y a Marta en pie junto a ella esperando con la bandeja en la mano.) Bueno, vamos a tomar el desayuno.

LUIS Sentémonos. (Mirando con agrado la mesa, puesta con mantelería de flores de color y mucho detalle en

el servicio y adornos.) ¡Cuánto primor! Así da gusto. Ante una mesa bien puesta, parece que se siente más apetito.

BARÓN

(Halagado.) ¿Os agrada así?

LUIS

¡Estupendo, querido papá, estupendo! Esta casa es otra y eso que yo me había esmerado al reformarla y Elvirita, al tomar posesión de ella, la había impreso su sello personal y exquisito.

BARÓN

(Sonriendo satisfecho.) Pero yo me he permitido comprar más vajilla, plata, objetos de estos modernos tan monos... Siempre he cuidado mucho de estas cosas. Una mesa bien puesta y muchos huéspedes a mi alrededor, fué siempre mi placer preferido. Continuamente tenía llena de convidados mi finca de Extremadura. Así quiero que esté ahora esta casa, ya que por vosotros me he instalado en ella, y por eso me ha desencantado encontrar el hotel de Luis demasiado pequeño.

LUIS

¿Demasiado pequeño? De soltero solo ocupaba el piso bajo y tenía cerradas las habitaciones de arriba donde vivieron mis padres.

BARÓN

¡Bahl Total, dieciséis piezas.

ELV.

Para nosotros tres, ¿qué más queremos?

BARÓN

Pero nosotros no seremos siempre tres, querida Elvira.

ELV.

(Ruborizada, entendiendo otra cosa.) ¡Pero papáito!

LUIS

¡Pero, suegrecito!...

BARÓN

¿El qué? (Comprendiendo.) ¡Ah!... Sí... Además, eso... Pero, lo que quería decir, es que deseo que vengan parientes, amigos... Habrá que alojarlos.

LUIS

¿Aquí?

BARÓN

¿Dónde había de ser? Además que tú también tienes una familia, y como no reside en Madrid, si viene a visitarte...

LUIS

¿Mi familia? Pariente cercano no tengo más que mi tío Claudio, el hermano de mi padre, que reside en Méjico desde hace veinte años... Es un pariente cercano que no puede estar más lejano

ELV.

Sin embargo, al enviarnos su espléndido regalo de boda nos prometía una visita.

LUIS

Siempre promete lo mismo. También se propuso venir al ocurrir la muerte de mi

tía Camila... Más vale que no venga... Es un hombre bastante raro. Hace unos diez años estuvo en Madrid pasando una corta temporada y aún guardo recuerdo de ella. Me dejó la casa como después de un incendio seguido de un terremoto. Todo me lo hizo polvo. Muebles, ropas, cuadros... Hasta un tabique hubo que reconstruir.

BARÓN Pero, ¿es un salvaje, un piel roja, un anarquista?

LUIS No. Nada de eso. Es la mejor persona del mundo, pero con un carácter enérgico, colérico, avasallador, violentísimo, por el que precisamente tuvo que emigrar. Por cualquier cosa se exalta, se pone irascible, y como en España no puede andar a latigazos o a tiros, como hace por allá, se desahoga rompiendo todo lo que tiene a mano.

BARÓN ¡Caramba! Vaya un agradable miembro de familia!

LUIS Ló paga en seguida, pero lo rompe... Y hay que callarse, porque al fin y al cabo yo soy su heredero único y calculo que tiene cinco o seis millones.

ELV. ¿Quieres un poco de compota?

LUIS Bueno. Ponme una cucharada.

BARÓN La he traído yo. Verás qué perfume tan delicioso tiene. Me la hacen expresamente las Comendadoras de Granada.

LUIS (Que lee el telegrama.) ¡No es posible!

BARÓN ¿Cómo que no es posible? ¡Un Quiñones de Quesada no miente nunca!

LUIS (Dando el telegrama a su mujer.) Lee. ¡Como en las comedias!

ELV. (Leyendo.) «Acabo de desembarcar en Cádiz. Mañana llegaré a Madrid. Espérame estación. Claudio.»

BARÓN (Horrorizado.) ¡El piel roja!

LUIS ¡Y luego nos extrañamos en el teatro de las coincidencias! Estábamos precisamente hablando de él...

ELV. Le prepararemos una habitación. Esta del jardín.

BARÓN ¡No, por Dios, que esa habitación es medianera a la mía!

ELV. ¿Y qué te importa?

BARÓN ¿Y si derriba el tabique y me coge en la cama?

- LUIS (Riendo.) Bueno, de aquí a mañana hay tiempo de pensar dónde le instalamos.
- BARÓN No, no. Llega hoy.
- LUIS El telegrama dice mañana.
- BARÓN Sí, pero es de ayer. Mira la fecha. Se recibió anoche, pero yo tengo encargado que no turben vuestra tranquilidad.
- LUIS ¡Es verdad! (Ádiz, trece, a las trece!
- BARÓN ¿Ves como tenía razón? Esta casa es demasiado pequeña. De cuatro habitaciones disponibles ya tenemos ocupada una. Sólo quedan tres...
- PEDRO (Por el foro con una tarjeta.) Señorito. Este caballero desea verle.
- LUIS ¡Carlos del Duero! (Muy alegre.) ¡Que pase en seguida! (Al Barón.) ¡Qué sorpresa! ¡Mi antiguo y querido amigo Carlos!... ¿De dónde saldrá este ahora?
- BARÓN ¿Del Duero, del Duero? .. ¿Es quizá pariente del marqués de Navaverde, el hermano del ministro?
- LUIS Sí. Sobrino.
- BARÓN ¿Qué me dices? El marqués de Navaverde era tío mío en tercer grado.
- ELV. No me habías hablado nunca de este amigo, vidita.
- LUIS ¿No? Pues es raro, porque ha sido mi mejor camarada. Un excelente muchacho. Ya verás.
- ELV. Voy corriendo a vestirme. (Se va.)
- BARÓN No es una hora muy correcta para hacer visitas.
- LUIS Como tenemos una confianza ilimitada... Pero siga usted comiendo.
- BARÓN Un Quiñones de Quesada no se desayuna delante de una visita. Además, no estoy presentable. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA III

LUIS, CARLOS y PEDRO

- CAR. (Por la serre, precedido del criado. Es joven, elegante, distinguido y algo tímido.) ¡Luis de mi alma!
- LUIS (Abrazándole.) ¡Querido Carlos! Pero, ¿es posible? ¿Tú otra vez en Madrid?
- (Pedro recoge el servicio del desayuno, levanta los

manteles y se va después de poner sobre la mesa un tapete de lencería y unos búcaros con flores)

CAR. Esta mañana he llegado y mi primera visita es para ti. Por cierto que a poco si no doy con el hotel ¡y mira que he venido veces! pero como has hecho una reforma tan grande...

LUIS Siéntate. (Se sientan en el diván.) Me cuesta trabajo creer que estás de nuevo a mi lado. ¡Tres años sin vernos, nosotros que no nos separábamos nunca!

CAR. Eso es... Tres años. Tú estás lo mismo.

LUIS Como tú... Pero cuéntame. ¡Fué tan rara tu marcha! Tú que no sabías vivir más que en Madrid, aceptar de la noche a la mañana un puesto en la embajada de Rusia... Y limitar tu despedida a una breve tarjeta...

CAR. No tuve tiempo... Mi tío me apremiaba...

LUIS No te creo. Siempre, gracias a tus grandes influencias, te pasabas la vida en Madrid, y precisamente siendo tu tío ministro de Estado te destinan a San Petersburgo... Me parece muy raro todo eso... Mi mujer y yo habíamos muchas veces de ello verdaderamente extrañados.

CAR. (Con alegría.) ¿También lo notó ella?

LUIS ¡Claro! Y supuso que estabas enamorado y que el viaje era una huída.

CAR. ¿De verdad? ¿Lo supuso así?

LUIS Naturalmente. Y en vista de tu extraña despedida acordamos no escribirte hasta que tú lo hicieras dándonos una explicación.

CAR. Yo creí que te habías enojado y habías decidido romper toda relación conmigo... Por eso jamás me atreví a escribirte... Creo que no podía obrar con mayor corrección.

LUIS ¡Hombre, si a eso lo llamas corrección!

CAR. Me porté como un perfecto caballero.

LUIS Eso nadie lo discute.

CAR. Cuando un hombre tiene el valor necesario para romper todos los lazos; cuando un hombre tiene el corazón convertido en una hoguera y se decide a huir a la nevada Rusia para ver si se le enfría y vuelve a los tres años y te mira cara a cara sin vacilar, tú, en vez de reprocharle, estás obligado a abrirle los brazos y decirle: ¡Eres un caballero! ¡Eres un hombre de honor!

- LUIS (Asombrado, sin comprender, después de una corta pausa.) Oye, oye, ¿estás malo? ¿Quieres un sello de antipirina? ¿Un calmante?...
- CAR. Gracias. Estoy perfectamente.
- LUIS Pues entonces, explícate. Haz el favor.
- CAR. Sí. Ya que lo sabes todo puedo hablarte con entera franqueza.
- LUIS Vamos a ver.
- CAR. Antes de que te casaras sufrí mucho, ¡muchísimo! Quise hablar, decírtelo todo, pero ya conoces mi timidez. Muchas veces fui a verla decidido a ofrecerle mi mano, mi fortuna, mi vida; pero al posar ella sus ojos sobre los míos y hablarme de ti con amor, con entusiasmo, mi valor desaparecía y de mis labios no salía una palabra. ¿Era o no era mi conducta la de un caballero?
- LUIS (sin comprender aún.) Oye, oye... Pero, ¿quieres decirme, por fin, de quién me estás hablando?
- CAR. De tu mujer, pero ya estoy curado.
- LUIS (Asombrado.) ¿De mi mujer?
- CAR. Sí. De Luz...
- LUIS ¡Calla! (se levanta y se cerciora de que nadie los escucha.) Entérate bien para que no tenga que repetírtelo nunca. En esta casa no se puede pronunciar el nombre de Luz.
- CAR. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Se llama ahora de otro modo?
- LUIS Luz no existe.
- CAR. (Horrorizado, doloridísimo.) ¡Ella ha muerto!
- LUIS ¡Más bajo, por Dios!
- CAR. (Casi llorando.) ¡Luz, muerta! ¡Luz, muerta!
- LUIS No, hombre, no. No ha muerto que yo sepa. Estamos divorciados.
- CAR. ¿Divorciados?... ¿Te has separado de mi Luz?
- LUIS ¿De tu Luz?
- CAR. ¡Luz era la mujer a la que yo adoraba!... A la que aún adoro con toda mi alma. Ahora puedo decírtelo.
- LUIS ¡Ah, vamos! ¡ya comprendí! ¿Entonces, por ella te fuiste a Rusia?
- CAR. Sí. Me consumía, adelgazaba, enfermaba. Mi tío lo notó. Me dijo: Tú estás enamorado. Conviene que te cures. Hay un puesto en la embajada de Rusia. Haz tus maletas que mañana sales para San Petersburgo... Ya conoces mi debilidad de carácter. No

me atrevo a replicar nunca. No sé decir que no...

LUIS ¿Y ahora has vuelto creyéndote curado?

CAR. No. He venido porque mi tío, al volver a ser ministro, me escribió diciéndome: Ya puedes volver. Te necesito a mi lado... En cuanto he pisado Madrid insensiblemente me he sentido atraído hacia tu casa... ¡La amaba, la amaba desde mucho antes que tú la hicieras tu mujer!

LUIS Pues haberte casado con ella y me hubieras ahorrado mucho dinero y muchos disgustos.

CAR. ¡Qué herejías dices! Pero, ¿cómo es posible que te hayas separado de una mujer tan adorable?

LUIS No sé si podré contarte con calma... Mi mujer puede salir de un momento a otro. Sabe que estás aquí.

CAR. ¿Tu mujer? ¿Pero no estás divorciado?

LUIS (Impaciente, deprisa.) Sí, hombre, pero recuerda que me casé con Luz en Montevideo. Un matrimonio sin ninguna efectividad legal. Allí mismo nos divorciamos... Me he casado de nuevo y soy feliz, muy feliz. Eso es todo.

CAR. Pero, ¿y ella? ¿Dónde está?

LUIS ¿Quién?

CAR. Tu mujer.

LUIS En su tocador.

CAR. Digo la otra.

LUIS No lo sé ni me importa. Se quedó en América. Hace cerca de tres años que no sé nada de ella. Al divorciarnos volvió al teatro, que era su único deseo y emprendió una *tournee* por toda la América latina al frente de una gran compañía de opereta.

CAR. ¿Y por qué te divorciaste?

LUIS Te haré un resumen en dos palabras para que recuerdes bien todos los antecedentes y seas discreto. Ya sabes que tuve la debilidad de enamorarme de Luz el mismo día que debutó en el teatro de la Zarzuela.

CAR. Igual me pasó a mí.

LUIS Los dos meses que duraron nuestros amores aquí, acabaron de volverme el juicio, y como ella se resistía a abandonar el teatro, por seguirla me fui a América.

- CAR. Y yo me quedé desconsolado y a punto de morir de pena.
- LUIS En América, Luz, que no concibe el amor sino ante la legalidad, me obligó a casarme.
- CAR. Todo eso lo recuerdo.
- LUIS Pues bien, accedí sin resistencia. Y me casé en Montevideo.
- CAR. Y una vez casados la hiciste abandonar el teatro y regresásteis a Madrid, y precisamente por no presenciar vuestro idilio, huí yo...
- LUIS Poco tardamos en seguirte. Aquel idilio duró escasamente un mes. En seguida Luz sintió la nostalgia de los viajes, de su vida aventurera. Fuimos a París, a Londres, volvimos a América. Corrimos sin tregua ni descanso... Sus caprichos eran todos costosísimos. Llegó un día en que me vi obligado a decirle que de la fortuna de mis padres apenas me quedaban unos miles de duros y que era preciso regresar a España y vivir modestísimamente...
- CAR. ¿Y ella no aceptó queriéndote como te quería?
- LUIS No. Más que el amor podía en ella su temperamento aventurero. Quería a toda costa volver al teatro. Sentía la nostalgia de los vaises, de los besos del barítono, del foco de los reflectores y de los trajes de tisú. Como yo no podía acceder a ser el marido de la tiple, decidimos divorciarnos.
- CAR. ¿Con qué pretexto?
- LUIS Con cualquiera. En América la misma facilidad hay para casarse que para descasarse. Luz alegó que recibía malos tratos.
- CAR. (Horrorizado.) ¡Haber llegado a pegar a mi Luz!
- LUIS No, hombre, tranquilízate. Ni yo soy capaz ni ella lo hubiese consentido. ¡Si hubieras visto las lágrimas que vertimos al firmar el divorcio!... A punto estuvimos de borrar el documento... Ella, como te digo, formó una compañía y comenzó a recorrer las repúblicas americanas y yo regresé a España donde me esperaba la herencia de mi tía Camila, que tuvo la oportunidad de morirse a poco de mi llegada. De otro modo su dinero hubiera corrido la misma suerte que el de mis padres.

- CAR. Y ahora, dime, ¿te has vuelto a casar?
LUIS Y estoy en plena luna de miel. Soy felicísimo.
- CAR. ¡Y yo también! Ahora que Luz es libre, que no es la esposa de mi mejor amigo, no pararé hasta encontrarla, y sin timidez, sin vacilaciones, le diré todo lo que la amo.
- LUIS Puedes hacer lo que quieras, pero te exijo que ni por lo más remoto dejes escapar aquí la menor alusión a mi pasado. Mi suegro es un señor muy particular, orgulloso de su apellido, severo, chapado a la antigua... De ningún modo hubiera consentido mi matrimonio de saber que yo había estado casado, aunque haya sido en América.
- CAR. ¡Ah! ¿Ignora que eres un divorciado?
LUIS Completamente. Y si conociera las causas del divorcio, ¡figúrate! Supondría que yo soy un hombre capaz de pegar a las mujeres, y él, que idolatra en su hija, que se desvive por su felicidad... ¡No quiero ni pensarlo!... Elvira, la pobre, también sufriría mucho. La mujer española no concibe el divorcio. Consideraría que nuestro matrimonio era un delito, un sacrilegio, ¡qué sé yo!
- CAR. Sí, sí. Me hago cargo.
LUIS Pues dame tu palabra de honor de que nunca, suceda lo que suceda, descubrirás que he estado casado.
- CAR. (Estrechándole la mano.) Palabra, Luis, palabra.
LUIS Sé que en ti puedo confiar. Nadie más que tú conoce en Madrid mi secreto.
- CAR. Descuida, te digo. (Levantándose.)

ESCENA III

DICHOS y ELVIRA

- ELV. (Con traje sencillo, pero muy elegante.) Vengo a que me presentes a tu mejor amigo.
- LUIS Aquí le tienes. Carlos del Duero. Mi camarada inseparable. Elvira. Mi encantadora mujercita. (Cambio de saludos.)
- CAR. Tengo verdadero gusto, señora.
- ELV. Y yo una viva satisfacción. Es usted el primer amigo de Luis que pisa esta casa.

- LUIS Te he dicho varias veces, querida Elvira, que tengo en Madrid contadísimos amigos, y después de tres años de ausencia, como todas eran amistades superficiales, puede decirse que Carlos es el amigo único. ¿No es cierto?
- CAR. (Muy tímido, muy turbado y temiendo siempre ser indiscreto. Esta actitud se mantendrá durante las escenas siguientes.) No... Eso es... No tiene ninguno.
- LUIS Pero él vale por todos.
- ELV. Hágame usted el favor de tomar asiento.
- CAR. He llegado esta mañana y mi primera visita ha sido para Luis.
- ELV. ¿Ha estado usted fuera?
- LUIS Tres años. Carlos es diplomático. Ha corrido medio mundo. Ahora viene de Rusia.
- ELV. ¡Bonita carreral! Tendrá usted mucho que contar de sus viajes, porque supongo que le veremos muy a menudo por aquí.
- CAR. Sí... No... Mañana mismo pienso salir para América. Para Bogotá.
- ELV. De ningún modo. No le dejaremos marchar tan pronto. Además de sus viajes tiene usted que contarme muchas cosas del pasado de Luis.
- LUIS Pero, riquita, si yo no tengo pasado. ¿Verdad, Carlos, que no tengo ningún pasado?
- CAR. Ninguno... El pretérito de Luis... es como el presente.
- LUIS Un pretérito perfecto.
- CAR. Pluscuamperfecto.
- ELV. (Riendo.) No, no. A otra con esa. Este picarón tiene que haber vuelto locas a muchas mujeres. Porque mi Luis es guapo, ¿verdad?
- CAR. Sí... No está mal... Aunque yo no entiendo...

ESCENA IV

DICHOS y el BARÓN

- BARÓN Pero, Luis, ¿todavía estás aquí? Esto sí que es particular, muy particular, ¡particularísimo!
- LUIS Querido papá. Permítame usted que le presente a mi fraternal amigo Carlos del Duero.

BARÓN (Adelanta y se presenta a sí mismo.) Yo soy el Barón de Quiñones de Quesada.

CAR. Tanto gusto.

BARÓN El honor es mío. Pero, Luis, ¿es que no vas a la estación?

LUIS (Mirando el reloj, horrorizado.) ¡Jesús! No me queda un minuto que perder. Perdóname, Carlos, tengo que ir a la estación a esperar a mi tío Claudio.

CAR. ¿El mejicano?

LUIS Hace apenas una hora que he recibido la noticia.

CAR. Pues anda y no te ocupes de mí.

ELV. Ya está fuera el automóvil. Le ha pedido papá.

LUIS Menos mal, pues si no tal vez no llegase.

BARÓN Nosotros atenderemos al señor del Duero.

LUIS Pues entonces, hasta ahora. (Al dar la mano a Carlos, le dice rápidamente) Cuidado con lo que hablas.

CAR. Tienes mi palabra. En caso de apuro mentiría hasta la muerte.

ELV. Te acompañaré. (Salen por el foro.)

BARÓN No es ocasión para despedidas, que si el tío se enoja y monta en cólera... (A Carlos.) Ahora, amigo mío, déjeme usted que le vea bien la cara.

CAR. ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

BARÓN (Que le tiene puestas las manos sobre los hombros y le mira frente a frente con gran azoramiento de Carlos) Míreme usted a los ojos... ¡Los mismos rasgos!... ¡Idéntica nobleza en la mirada!

CAR. Pero...

BARÓN Su tío de usted, el marqués de Navaverde, era también tío mío.

CAR. ¿De veras?... En efecto, mis ascendientes maternos son Quiñones de Valladolid.

BARÓN Y los míos Quiñones de Quesada; usted y yo puede decirse que somos primos.

CAR. Lo celebro tanto.

BARÓN Si no se la ha ofrecido a usted mi yerno, no tengo que decirle que esta casa es la suya.

CAR. Yo, por ahora, en el Ritz...

BARÓN ¡Cómo! Pero ¿vive usted en una fonda?

CAR. Sí. Al marcharme levanté la casa. Ahora acabo de llegar...

BARÓN ¡En una fonda un del Duero y Quiñones de

Valladolid! ¡Imposible! Usted se hospedará en esta casa.

CAR. No... Sí... Sí... Pero...

BARÓN Pero ¿no le ha obligado a ello Luis? (A Elvira que vuelve.) ¿Ves tú, Elvira? ¿Ves tú? ¡Así es tu marido! No tiene más que un amigo, que es a la vez pariente mío, y le deja que viva en una fonda. Mi querido primo. Quiero llamarle así, si me lo permite.

CAR. Puede usted llamarme como quiera.

BARÓN Querido primo, en nuestra familia, la hospitalidad es un lema. No se hable más de ello. Usted se queda aquí.

ELV. Desde luego. Luis se alegrará mucho.

CAR. Ya que son ustedes tan amables...

BARÓN Naturalmente. No faltaría más. ¿Ha dicho usted que se hospeda en el Ritz? Voy a telefonar para que inmediatamente manden el equipaje. (Descuelga el aparato del teléfono que estará en un extremo de la habitación.) Central... Con el Hotel Ritz... (A Carlos.) ¿Tiene usted sin deshacer sus maletas?

CAR. Sí. Acabo de llegar...

BARÓN Oiga, traigan inmediatamente el equipaje del señor del Duero, a la calle de Lista, 209... Perfectamente. (Suelta el aparato.) Diga usted, querido primo. ¿Su sueño es tranquilo?

CAR. Muy tranquilo.

BARÓN Entonces le daremos a usted la habitación colindante con la mía. Elvira se la quería adjudicar al tío de Méjico, pero tengo noticias de que es un hombre que se pasa la noche haciendo juegos malabares con los muebles.

CAR. No sé cómo agradecer a ustedes tanta amabilidad.

BARÓN Ahora, a ver si entre usted y yo, conseguimos dar un poco de vida a esta casa. Hay en ella una tranquilidad que aburre.

ESCENA V

DICHOS y PEDRO

PEDRO Señorita. Acaban de traer este continental para el señorito.

ELV. Bien. Déjale ahí.

PEDRO El botones pide el sobre firmado.

- ELV. Venga. (Rompe el sobre y en el «secretaire» o bargueno le firma.) Aquí está. (Da el sobre a Pedro y éste hace mutis.)
- BARÓN. (A Carlos.) La animación, el bullicio, contribuirán a la felicidad de estos muchachos. No conviene que los idilios sean demasiado tranquilos. Aquí hay exceso de paz.
- ELV. (Firma el sobre y deja la carta sobre la mesa, pero, después de dudar, la coge de nuevo y lee con extraordinaria emoción.) ¡Ay!
- BARÓN. ¿Qué te pasa?
- ELV. (Se abraza a él llorando.) ¡Ay, papá de mi alma!
- BARÓN. (Alarmado.) Pero, ¿qué sucede?
- CAR. Señora...
- ELV. Toma, y lee.
- BARÓN. No sé si debo... Los Quiñones de Quesada no han leído nunca las cartas...
- ELV. Lee y verás... ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!
- BARÓN. Veamos, veamos. Se tratará seguramente de alguna tontería. Tu marido es un bendito, es un... (Después de leer las primeras palabras.) ¡Es un sinvergüenza! (Sigue leyendo.)
- ELV. ¿Le ves?... ¡Infame!... ¡Perjuro!...
- BARÓN. Esto me lo temía yo... No podía salir nada nuevo de una alianza con un hombre de apellido oscuro. ¡Ah, pero nos veremos, señor mío!
- CAR. ¿Me sería permitido saber de lo que se trata?
- BARÓN. Vea usted por sí mismo. (Le da la carta.)
- CAR. (Leyendo.) «Negro de mi alma»... (¡Atiza!)
- ELV. ¡Le llama negro!
- BARÓN. ¡En cuanto venga, le voy a poner verde!
- CAR. «Aquí estoy otra vez. Durante tres interminables años no he sabido nada de ti. He corrido medio mundo, y al llegar a Madrid, no puedo resistir el deseo de verte, cordero mío...»
- ELV. ¡Le llama cordero!
- BARÓN. ¡Ya la llamaré yo a ella otra cosa!
- CAR. «Sé que no es correcto, pero para que no me repliques, sin más aviso que éste tomaré tu casa por asalto, y quieras o no, me instalaré en ella. Traigo muchas trampas y necesito un primo. Comprenderás que en Madrid ese primo no puede ser otro que tú. En seguida va a darte un abrazo muy apretado tu Luz.» (Dando un grito.) ¡Luz!

- ELV. (Cae llorando en una butaca.) ¡Esto es horrible!
¡Qué infame!
- CAR. (Radiante de alegría.) ¡Luz aquí! ¡Luz en Madrid! ¡Gracias, Dios mío!... ¡Es providencial! Pero, ¿está usted en su juicio? ¡Aún da gracias a Dios!
- CAR. (Dueño de sí mismo.) No... Tranquillícense ustedes. No hay motivo para este disgusto.
- BARÓN ¿Qué dice usted, primo? ¿Pretende defenderle?
- ELV. ¡Y me juraba que yo era su primer amor!
- CAR. Me parece que juzgan ustedes un poco de ligero.
- BARÓN Pero, ¿le parece a usted tolerable que una mujer llame a mi yerno corderito?
- ELV. ¡Cuando yo no me he atrevido a llamarle más que pichón!
- CAR. Por favor... Escuchenme ustedes...
- BARÓN Y por si esto fuese poco, no contento con haber llevado de soltero una vida de disipación y de escándalo, nos quiere meter en casa a una.. a una cortesana.
- CAR. (Indignado.) ¡Luz no es una cortesana!
- BARÓN ¿No? Pues, ¿qué es entonces?
- CAR. (Muy apurado.) Pues es... es...
- BARÓN ¿Qué puede ser una mujer que le llama negro, cordero y primo?
- CAR. Es... Eso, su prima.
- ELV. ¿Cómo?
- BARÓN ¿Su prima? (Extrañado vuelve a leer la carta.) «Comprenderás que ese primo no puede ser otro que tú.» ¿Quiere usted explicarse?
- CAR. La cosa no es tan fácil... (Jadea y se limpia el sudor.) Es un punto muy enojoso para mí... Pero puedo asegurarles que Luz no es lo que ustedes piensan... Les doy mi palabra de honor.
- BARÓN Pues entonces, ¿qué prima es esta?
- ELV. ¿Por qué Luis no nos ha hablado nunca de ella?
- CAR. (Siempre turbadísimo.) Por razones... por razones muy importantes... muy graves... No podía hablar de ella...
- BARÓN ¿Y por qué no podía?
- CAR. (Cada vez más apurado.) Porque... porque... No sé si debo...
- BARÓN (Que firme en su manía, cree haberlo adivinado todo, dice a Carlos al oído procurando que no le oiga su

hija.) ¡Ah, ya comprendo! Algo ligera de cascos la prima, ¿eh?

CAR.

¿Cómo?

BARÓN

(A Elvira.) Hija mía. Sal un momento.

ELV.

Pero, papá...

BARÓN

Retírate un instante... Hay cosas que solo pueden ser tratadas entre hombres.

(Vase Elvira.)

ESCENA VI

CARLOS y BARÓN

BARÓN

Ya estamos solos, querido primo. Siéntese y cuénteme toda la historia.

CAR.

(Apuradísimo.) Pero... ¿qué le voy a contar a usted?... Son cosas que pasan... Lo de siempre... La misma historia... ¡Eso es!

BARÓN

Comprendido. A la prima Luz le paso algo, ¿no?

CAR.

Éso. Le pasó algo... Las cosas que pasan... Lo de siempre... La misma historia...

BARÓN

¡Un pícaro amor!... ¿Y qué fué ello?

CAR.

Pues... Las cosas que pasan... Lo de siempre...

BARÓN

¿Se enamoró de alguno que no era del agrado de la familia?

CAR.

Éso. Se enamoró.

BARÓN

Claro, al ver que la familia se oponía a sus amores se escapó con el novio.

CAR.

No señor, no se escapó.

BARÓN

¡Ah! ¿No se llegó a la fuga?... Comprendido... Se dejó vencer, calló, luego se enteró la familia. . Al descubrir ésta el mal paso de la muchacha, echó su maldición sobre ella... ¿No es así?

CAR.

Sí... Sí...

BARÓN

¿Y qué clase de sujeto era él? Seguramente algún artista o tal vez un militar... Por un militar precisamente, un sobrino mío que tenía una novia en Toledo...

CAR.

Un artista... Un artista. Usted lo ha dicho. Luz ama el arte...

BARÓN

¿Y no hubo más?

CAR.

Nada más.

BARÓN

Pero ella dice que ha estado tres años ausente. Al echarla de casa, al abominar de ella

su familia, ella se lanzaría a correr mundo ¿no es eso?

CAR. Justo, a correr el mundo... Pero yo le aseguro que nada puede reprochársele. Es una mujer decente. No concibe el amor sino ante la legalidad.

BARÓN Sí, sí. Comprendido. Le han valido sus manos para sostenerse.

CAR. Eso es. Sus manos, sus divinas manos.

BARÓN Su familia no quiso saber nada más de ella y la pobre muchacha ha tenido valor para ganarse la vida... Muy honroso, muy honroso. Eso la redime. (De repente.) ¿Y por qué no nos ha contado nunca Luis nada de su prima?

CAR. (Apurado.) ¡Qué sé yo!... ¡Prejuicios!... El temor de que a ustedes les pareciese mal...

BARÓN Sí, sí. Pero el caso no era para llegar a tal extremo... (Dando la mano a Carlos.) De todos modos, querido primo, le agradezco que me haya contado el caso con tantos y tan interesantes detalles. Por lo menos, ya sé a qué atenerme. (Llamando.) Elvira, hija mía, ya puedes venir.

CAR. (¡Voy a salir de aquí con canas!)

ESCENA VII

DICHOS y ELVIRA

BARÓN Querida Elvira. Seca tus lágrimas. No tienes nada que echar en cara a tu marido, todo lo contrario.

ELV. ¿Entonces?... ¿Qué parentesco le une con esa Luz?

BARÓN Nuestro pariente el señor del Duero me ha contado la historia desde el principio al fin con mil curiosos detalles. Es verdaderamente su prima.

ELV. ¿Y por qué no nos ha hablado jamás de ella?

BARÓN Porque no podía. ¿No es verdad, querido Carlos, que no podía?

CAR. Eso es. No podía.

BARÓN (Muy natural, como si acabase de oírsele así a Carlos.) Es muy sencillo. La pobre muchacha, como otras muchas de alma soñadora, se enamo-

- ró perdidamente de un músico director de una orquesta de zinganos ¿no?
- CAR. No. De opereta.
- BARÓN. Eso es. De opereta. Debí haberlo adivinado. El quiso raptarla, pero la muchacha se resistió. Una noche escaló el balcón de su casa y los padres le sorprendieron. Severos, celosos de su honor, no quisieron perdonarla y la arrojaron a la calle. La infeliz, digna, deseosa de redención, sin tener nada que reprocharse, emprendió su calvario. Corrió el mundo. Estuvo... ¿dónde ha estado?
- CAR. En América.
- BARÓN. En América, en la joven América, donde hay respeto a la mujer, donde le es fácil a una muchacha vivir libremente con el trabajo de sus manos... Luz se ha ganado su vida como mecanógrafa seguramente, ¿no?
- CAR. Eso. Como mecanógrafa.
- BARÓN. Un caso hermoso, verdaderamente ejemplar...
- ELV. Pero todo esto nos lo podía haber contado sencillamente Luis. ¿No es verdad, señor del Duero?
- CAR. Tal vez no estuviera él al corriente de todo...
- BARÓN. Naturalmente que lo sabía, pero por un exceso de delicadeza... Me falta preguntarle un extremo importante. ¿Qué actitud tomarán ahora los padres de Luz?
- CAR. Luz... No tenía padre...
- BARÓN. ¡Ah, ya! Madre nada más... ¿Y vive en Madrid?
- CAR. No... La madre murió poco después de la desgracia...
- BARÓN. Del disgusto. Se comprende.
- CAR. Claro.
- BARÓN. ¡Ah, ya caigo! Luz es hija de la tía Camila.
- CAR. ¡Justo! De la tía Camila que murió hace tres años.
- BARÓN. ¡Oh! ¡Qué colmo de severidad! La tía Camila dejó a Luis su fortuna, desheredando a su propia hija. ¿Ha sido así?
- CAR. Seguramente. ¡Cuánto disparate!
- BARÓN. Sin duda. Pero de to los mo los, no puedo permitir que mi yerno continúe disfrutando de la parte de la fortuna que corresponde a su prima. ¿No opinas como yo, Elvira?
- ELV. (Recelosa aún.) No sé, papá, no sé..

ESCENA VIII

DICHOS, PEDRO y después LUZ

- PEDRO (Presentando una tarjeta.) Señor... Esta señora quería entrar sin anunciarse, pero le he rogado...
- BARÓN (Leyendo.) «Luz Reyes»... Ya la tenemos aquí. Que pase.
- CAR. (Entusiasmado.) ¡Luz!
- ELV. Y Luis no ha vuelto todavía. ¡Qué contrariedad!
- BARÓN ¿Por qué? Al fin y al cabo es su prima... Nosotros lo ignoramos todo. ¿Entiendes? No sabemos nada, no podemos saber nada de la triste historia de esta muchacha. ¿No es esto lo discreto, querido primo?
- CAR. Sí. Lo mejor es no decirle una palabra.
- LUZ (Entrando como un torbellino.) ¡Corderito!... ¡Corderito!...
- CAR. (¡Ahora sí que va a ser ella!)
- LUZ (Sorprendida y turbada.) Ustedes perdonen... Sin duda me he equivocado... Efectivamente desconocía el hotel...
- BARÓN No se ha equivocado usted.
- CAR. Este es el hotel de Luis.
- LUZ (Reconociendo a Carlos.) ¡Oh, Carlitos, amigo mío! ¿De vuelta ya de San Petersburgo? (Saludo muy efusivo.)
- CAR. Otra vez estoy aquí.
- BARÓN (¡Caramba, es lo que se dice una real moza!... ¡No tenía mal gusto el director de orquesta!)
- LUZ Pero, ¿dónde está corderito?
- BARÓN (Galante, comiéndosela con los ojos.) Corderito, como usted le llama, va a venir de un momento a otro. En su nombre le doy la mas cordial bienvenida.
- CAR. (Presentando.) El Barón de Quiñones de Quesada.
- LUZ (Con mundana naturalidad.) Celebro tanto, señor Barón.
- BARÓN Mi hija Elvira, la esposa de corderito.
- LUZ (Mirando extrañadísima a Carlos, que la hace señas.) ¿Corderito casado?... ¡Es gracioso! (Ríe.) Me alegro muchísimo, señora. (Da la mano a Elvira que se la estrecha con frialdad y dudando.)

- BARÓN Hija mía, déjate de cumplidos. Haya pasado lo que haya pasado, al fin y al cabo es parienta tuya. Daios un beso y todo quede borrado de antemano.
- LUZ (Riendo.) ¡Por mí!... Es usted muy amable, señor Barón. (Abraza a Elvira.)
- BARÓN (¡Es guapísima!... Yo le daré a usted otro abrazo y no se hable más del asunto.)
- LUZ Vaya el abrazo. (Se le da.)
- BARÓN (¡Oh, tiene esta muchacha cualidades insospechadas!)
- LUZ (A Elvira) Señora, celebro muchísimo conocerla y sobre todo que no me acoja usted con prejuicios. Seguramente será usted muy feliz con Luis. Tiene condiciones excepcionales que sólo las mujeres sabemos apreciar.
- CAR. (Pisándola desesperado.) ¡Luz!
- LUZ (Volviéndose hac'a él.) ¡También me alegro muchísimo de volverle a ver, amigo mío.
- CAR. (Rápido casi al oído de Luz.) Por Dios y por la Virgen, diga a todo que sí.
- BARÓN (Hablando aparte con Elvira.) Es muy guapa la prima. Y se parece a corderito.
- ELV. Por lo que más quieras, papá, no llares a Luis corderito. Lo encuentro de muy mal gusto. (Siguen hablando.)
- LUZ (Que ha seguido hablando con Carlos.) ¡Ah! ¿Entonces no saben que yo he sido su mujer? ¡Ya me extrañaba!..
- CAR. Por él, por mí, por usted misma, diga a todo que sí y no descubra la verdad. Ya le explicaré.
- LUZ (Riendo.) Es gracioso, muy gracioso... ¡Con lo que a mí me divierten estas cosas!
- BARÓN (A Elvira.) La prima tiene que quedarse aquí. No podemos hacerle el desaire de no alojarla en casa. Gracias a Dios aún nos quedan habitaciones.
- ELV. Pero, papá, no sabemos todavía...
- BARÓN Tu marido depondrá su actitud de intransigencia con su encantadora prima. Yo no puedo consentir otra cosa. (A Luz.) Mi hija tiene el gusto de ofrecerle una habitación en esta casa. Vivirá usted con nosotros durante el tiempo que permanezca en Madrid.
- CAR. (Horrorizado, espontáneamente.) ¡No! ¡Eso sí que no puede ser!

- BARÓN Amado primo, me extraña que también usted tenga esas teorías calderonianas.
- LUZ Tiene razón Carlos. Puede que a corderito no le parezca bien...
- BARÓN Mi yerno quedará encantado. Ruego a usted únicamente que no le diga nada a su llegada. (Frotándose las manos) Ya me estoy riendo de la cara que va a poner en cuanto la vea a usted instalada en esta casa. (Carlos y Luz se miran espantados.) Elvira, conduce a nuestra huéspeda al cuarto del mirador. Es el más alegre.
- LUZ (Dudando.) Pero... No sé si debo aceptar...
- ELV. ¿Por qué no? Satisface usted el deseo de mi padre.
- CAR. ¡Aquí va a ocurrir una catástrofe!
- BARÓN ¡Qué satisfacción tan grande sentirá usted ahora después de lo que ha danzado...
- ELV. Pero, papá...
- BARÓN (Muy fino.) ¡Oh, no vaya usted a tomarlo como una indirecta. Quiero decir después de lo que ha corrido.
- ELV. ¡Peor, papá!
- LUZ ¿Qué quiere usted decir?
- BARÓN Que para nosotros todo está borrado y olvidado.
- CAR. Pero, señor Barón...
- BARÓN Nada, nada, querido primo; nosotros sabemos perfectamente lo que se le debe a la hija de tía Camila. (A Luz.) ¿No tengo razón?
- CAR. (A Luz.) Diga usted que sí.
- LUZ Sí.
- BARÓN Pues entonces, si permite usted... (Le indica la puerta. Luz se inclina y sale acompañada de Elvira.)
- CAR. (Contemplándola.) ¡Está aún más hermosa!
- BARÓN (Que también contempla a Luz.) ¿Qué dice usted, querido primo? ¿No es una mujer adorable?
- CAR. ¡Encantadora!
- BARÓN Se comprende que el granuja del italiano...
- CAR. ¿Qué italiano?
- BARÓN El director de orquesta, el que pretendía...
- CAR. ¡Ah, ya! (Se oye hacia la serré la voz de Luis y los gritos coléricos de don Claudio.)
- BARÓN ¡Diantre! Ya está ahí Luis con el mejicano. Lo dicho, querido primo. Ni una palabra sobre la presencia de Luz en esta casa. Tiene que ser una sorpresa en toda regla.
- CAR. ¡El cataclismo es inevitable!

ESCENA IX

BARÓN, CARLOS, LUIS y el TÍO CLAUDIO

- CLAU. (Es un hombre nervioso, impulsivo, fuerte, en pleno vigor, a pesar de representar más de cincuenta años. Viste bien, pero con descuido. Buenas alhajas, pero no con charrería. Tiene la piel curtida por el sol.) Te juro, Luis, que yo no hice más que coger un jarro con flores que había sobre la mesa (Coge uno de los de la habitación.) y se lo arrojé a los pies, pero sin tocarla. (Estrella el jarrón contra el suelo.)
- BARÓN (¡Qué bárbaro! ¡No había exagerado Luis!)
- CLAU. Y por esta nimiedad, armó ella un enredo mayúsculo y pidió el divorcio.
- CAR. Pero, tío, tranquilícese usted.
- CLAU. No puedo. Cuando hablo de ello me exalto. (Mirando al interior de la habitación.) Pero aquí hay alguien. ¿Qué gente es esta?
- BARÓN (Molesto.) ¿Ha dicho gente?
- LUIS (Azorado.) Permítame usted, querido papá, que le presente a mi tío Claudio.
- CLAU. Encantado, señor, encantado.
- BARÓN (Con intención.) ¡Y yo encantadísimo! (El tío Claudio le estrecha la mano con gran fuerza.) ¡Ay!
- CLAU. ¿Le he hecho daño?
- BARÓN ¡No!... Encantado... ¡Encantadísimo! (Despe- gándose los dedos.) ¡Qué bestia!
- CAR. (Durante la escena viene haciendo gestos y signos a Luis, que éste, como es natural, no entiende.) ¡Pchs! (Nuevos gestos.)
- LUIS ¿Qué jeroglíficos estás pintando en el aire?
- CAR. (Muy turbado.) Quería decirte únicamente que el jarrón se ha roto.
- BARÓN En efecto. Se ha hecho añicos.
- CLAU. No hay que apurarse por tan poca cosa. Yo doy el dinero y se compra otro, o veinte.
- LUIS Querido tío Claudio. No le he presentado a mi amigo Carlos del Duero.
- CLAU. (Dándole la mano.) Encantado, encantado. (Al Barón.) Puede que le haya extrañado a usted algo que lo primero que se me haya ocurrido hacer al entrar haya sido romper ese florero...

- BARÓN No. De ninguna manera. Estoy preparado... Tal vez eso sea una costumbre allá en América...
- CLAU. Estos señores puede que me hayan tomado por un bárbaro. Luis, tu deber es defenderme, explicarles...
- LUIS No, tío. Usted quiere pasarse de fino. (Al Barón y a Carlos.) Es que mi tío, por temperamento, toma las cosas demasiado a lo vivo...
- CLAU. Eso es, eso es.
- LUIS Se ha puesto nervioso por una tontería. Un pequeño episodio de su vida que me venía contando. Un incidente sin importancia...
- CLAU. (Furioso de nuevo.) ¿Una tontería? ¿Un pequeño episodio llanas a eso?
- LUIS Tranquílcese usted, tío.
- CLAU. (A gritos.) ¡No me da la gana! ¡No quiero tranquilizarme! Aquello fué una gran injusticia. Una infamia. Seguramente no te has enterado bien, pues de lo contrario no juzgarías de ese modo. Oiga usted, señor suegro. ¿Cuál es la causa de todo lo malo que sucede en este pícaro mundo? ¿Cuál? ¿Cuál? (A gritos en las mismas narices del Barón.) ¡Las mujeres!... ¡Las mujeres!! (Golpea sobre la mesa.) ¡Las empecatadas mujeres!
- BARÓN (Muy apurado.) Sí. Las mujeres. Pero para eso no tiene usted necesidad de gritar de ese modo. (Temiendo que el tío Claudio vuelva a romper algo, coge uno de los dos floreros que Pedro puso sobre la mesa y lo protege bajo el brazo.)
- CLAU. ¡También yo tuve una mujer!
- BARÓN ¿Es posible?
- CLAU. Una hermosa mujer. ¡Una soberbia mujer! ¡Una encantadora mujer!... ¡Ah, cuando me acuerdo de ella!... Cuando me acuerdo de ella... (Pasea nervioso a grandes zancadas de un lado a otro de la escena.) Entonces sí que me dan intenciones... (Parece que busca algo que romper.)
- BARÓN (A Carlos en voz baja, en el momento en que Claudio está de espaldas a ellos.) Primo, tenga usted cuidado con el otro jarrón. (Carlos le coge bajo el brazo.)
- CLAU. (Muy excitado, parándose delante del Barón.) ¿Sabe usted lo que me hizo aquella mujer?...
- LUIS (Tratando de tranquilizarle.) Tío, me parece mejor que nos lo cuente usted luego. Ahora tome posesión de su habitación...

- BARÓN Muy bien pensado. Las cosas con calma...
Despacio. Un florero detrás del otro...
- CLAU. ¡Bueno!
- LUIS Tiempo hay para todo. Usted pasará con
nosotros por lo menos un par de semanas...
- CLAU. ¿Cómo un par de semanas? ¡Estás loco!
- LUIS ¿Es mucho?
- CLAU. ¡Muy poco! Por lo menos pasará a tu lado
seis u ocho meses.
- BARÓN (Que del susto está a punto de dejar caer el jarrón.)
(¡Vaya una perspectiva!)
- CLAU. Bueno. Indícame dónde puedo tomar algo
para reponer mis fuerzas (Luis se apresura a
llamar.) Señor suegro, es usted un barbián.
Me gusta usted. (Le golpea familiarmente el hom-
bro.)
- BARÓN (Palpándose dolorido.) Y usted a mí.
- CLAU. Seremos buenos amigos. (Le tiende la mano,
que el Barón no puede coger por tener el jarrón bajo
el brazo.)
- CLAU. ¡Por todos los santos! Deje usted el jarrón.
(Se le quita y le estrella contra un rincón. A Carlos,
del susto, se le cae el otro.)
- BARÓN ¡Ya están rotos los dos!
- CLAU. No hay que apurarse. Yo compraré otros.
(Entra Pedro.)
- LUIS Oye, Pedro. A mi tío se le dará el cuarto del
mirador.
- PEDRO Señorito, ese cuarto está ocupado ya.
- LUIS (Sorprendido.) ¿Cómo?
- BARÓN Es una sorpresa que te tenemos preparada.
(Al criado.) Conduce a don Claudio arriba,
a la habitación de los muebles de roble.
- CLAU. Muy bien, que me suban las maletas. (Vase
por la escalerita con el criado.) Hasta ahora.

ESCENA X

DICHOS menos don Claudio. Después ELVIRA y luego LUZ

- LUIS (Extrañado.) ¿Una sorpresa, querido papá?
- BARÓN Sí. (A Carlos.) ¡La cara que va a poner!
- CAR. ¡Sí!.. ¡Vas a poner una caral...
- LUIS Pero, ¿quién es?...
- BARÓN (Riéndose con picardía.) Tirori, tirori. (Simula lle-
var la batuta.)

- LUIS (Sin comprender, como es natural) Pero, ¿qué le pasa a usted, papá?
- BARÓN (A Carlos) No me entiende. Se lo diré más claro. (Se sienta ante la mesa y simula escribir a máquina.) Tiquitiquitiqui. (Simulando correr el carro.) Rrrrgg. Tiquitiquiti. ¡Rrrrgg!
- LUIS (Sigue sin comprender y mira muy extrañado a Carlos que le hace otros signos tan enigmáticos como los del Barón.) ¡Pero, por Dios! ¿Qué es lo que le pasa a usted, papáito?
- BARÓN ¡Lo sé todo!
- LUIS ¿Que usted lo sabe todo?
- BARÓN Querido primo, ¿no lo sé todo?
- LUIS ¿Cómo querido primo?
- BARÓN Sí, hombre, sí. ¿Dónde está la hija de tía Camila?
- LUIS Tía Camila no tuvo ninguna hija.
- BARÓN ¿Qué dice usted a esto? (A Luis, reconviniéndole.) ¿Cómo puede ser un hombre tan duro de corazón? (Entra Elvira.) Elvira, hija mía, ¿qué dices tú a esto? Tu marido se obstina en negar.
- ELV. Pero, Luis, ¿por qué nos lo ocultabas?
- CAR. (Haciéndole señas.) En efecto. No obraba bien.
- BARÓN ¿Por tan mezquinos nos tenía usted?
- LUIS (Cogiéndose la cabeza.) ¡Pero, por todos los santos!... Diganme...
- BARÓN ¿Te enfadas, *corderito*?
- LUIS (Dando un grito.) ¿Corderito?
- LUZ (Presentándose.) ¡Corderito!
- LUIS (Como si viese al demonio.) ¡¡Luz!
- CAR. (¡Ya está!... ¡Ahora se hunde el templo!)
- LUIS ¿Qué buscas tú aquí?
- BARÓN (Con intención.) ¿Qué ha de buscar? ¡Lo que le pertenezca!... Busca su parte... ¿Te parece a ti digno ni decente que mi hija lo disfrute todo por entero perteneciéndole a ella la mitad?
- ELV. Tiene razón papá, tesoro mío. No seas rencoroso. Reconcíliate con ella.
- BARÓN Y en seguida. A mi presencia. Vamos, Luz. Dele usted el abrazo de la paz.
- LUZ ¡Con mucho gusto!... ¡Pocas ganas que tenía yo de abrazarle y de besarle! (Lo hace con entusiasmo.)
- BARÓN Y ahora, no se hable más del asunto.
- LUIS (Que cree que sueña.) Pero...
- BARÓN ¡Ya estoy rodeado de huéspedes como de-

seaba! ¡Ya están ocupados todos los cuartos!
(En el piso superior se oye un gran estrépito y re-
tiembla la lámpara central.)

ELV.

(Horrorizada, como todos.) ¿Qué es esto?

BARÓN

Nada. ¡El tío, que está monologuando!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. La acción comienza minutos después de haber terminado la del primer acto.

ESCENA PRIMERA

LUIS, CARLOS, después DON CLAUDIO

Carlos aparece sentado. Luis recorre todas las puertas cerrándolas y luego se acerca a Carlos dando muestras de vivísima excitación

LUIS Ya estamos solos, por fin, y podemos hablar. Creo que me voy a volver loco. (Se sienta y se coge la cabeza entre las manos.)

CAR. Vamos, cálmate.

LUIS ¿Que me calme? ¡No puedo calmarme!

CAR. ¿Qué se le va a hacer, si ya la tienes en casa?

LUIS (Levantándose de un salto.) ¡Eso es lo que yo no puedo tolerar! ¡Es absurdo! ¡Es monstruoso!... ¡Yo con dos esposas!... ¡Y atado de pies y manos!

CAR. ¡Calla, hombre, que me parece verte a las puertas de un presidio!

LUIS ¡Y me verás, porque llegará un momento en que pierda la razón!... (De repente.) Lo que aquí sucede no es obra de la casualidad. ¡No! Ella ha venido a tiro hecho.

CAR. Luis, no puedo tolerar que supongas a Luz capaz de móviles tan bajos, de propósitos tan ruines.

- LUIS ¡Claro! A ti te parece un ángel y la defiendes porque estás enamorado de ella. ¿Es que estáis de acuerdo? ¿La has declarado ya tu pasión?
- CAR. ¡Luis!...
- LUIS Lo único que me faltaba era tener que conquistártela yo mismo... Pero de todo soy capaz con tal de que se marche de esta casa. (Arriba se oye un gran estrépito. Muebles que caen y son corridos violentamente y cacharros que se rompen. La lámpara central de hall, que tendrá varios prismas de cristal, tintinea de un modo alarmante.)
- CAR. (Ofendido.) ¡Está bien! Por tu culpa me veo metido en este berengenal, y en vez de darme las gracias por haberte ayudado a salir con bien del mal paso, me recriminas, me insultas...
- LUIS (Furioso.) ¿Sacarme del mal paso? ¡Pero si en este lío me has metido tú!
- CAR. ¿Yo?... Me veo cogido por tu suegro y tu mujer que me acosan a preguntas y no puedo decir la verdad por la palabra que te había dado. Tu suegro que inventa una historia... Yo que no sé contradecir a nadie...
- LUIS Vamos con calma. Cuéntame todo lo que aquí ha sucedido durante mi ausencia para que yo me entere de cómo se ha llegado a este embrollo.
- CAR. Pues es muy sencillo. A poco de quedarme solo con...
- CLAU. (Por la escalera, en mangas de camisa.) Oye, Luis, al tocador le falta la llave, pero ya no la necesito. He saltado la cerradura. Lo que no consigo abrir es el armario, a pesar de que llevo *trabajando* más de una hora.
- LUIS Voy, querido tío, voy. Pero, ¿por qué no ha pedido usted las llaves de los muebles?
- CLAU. Por no incomodar. Ya sabes que a mí no me gusta ser molesto. Pero estos muebles de mi cuarto son tan fuertes...
- LUIS Vamos.
- CLAU. (Deteniéndole.) ¿Conoces tú a algún abogado especialista en divorcios?
- LUIS Avisaremos a Moraleda. Precisamente está emparentado con mi mujer.
- CLAU. A propósito de tu mujer. ¿Dónde está? Todavía no he logrado verle la cara. (Receloso.) ¿Es que se esconde para no verme?

- LUIS No diga usted eso, tío. Es que cuando usted llegó había aquí un lío tan grande...
- CLAU. ¿Cómo que había un lío?
- LUIS Sí... Quiero decir que la casa estaba hecha un lío a causa de la llegada de una forastera.
- CLAU. ¿Una forastera? ¡Tampoco la he visto!
- LUIS Tiempo habrá. Ande, vamos a buscar las llaves del armario.
- CLAU. No te extrañes si lo encuentras algo estropeado.
- LUIS No, no...
- CLAU. Es que me puse enfrente de él a calzarme, se me rompió el tirante de la bota, y ¡zás! metí el pie por la luna... Que le pongan otra y me pasen la cuenta. (Sube por la escalera.)
- LUIS (Aparte a Carlos.) No te vayas. Tenemos que hablar. Es preciso que me expliques todo lo que ha pasado en mi ausencia. (Vase tras el tío Claudio.)

ESCENA II

CARLOS, LUZ y MARÍA

- LUZ (Por la derecha de la «serre» con María.) Muchas gracias por su ayuda.
- MARÍA (Medio mutis hacia la izquierda.) De nada, señorita.
- LUZ Oiga usted. Si llega alguna correspondencia o algún recado, tenga en cuenta que mi nombre es Luz Reyes.
- MARÍA Está bien, señorita.
- LUZ Telefonee usted al Hotel Palace y diga que cuando se presente allí un señor preguntando por mí, que le envíen aquí en seguida.
- MARÍA (Pasa.) Muy bien. (Simula dar el recado por teléfono.)
- CAR. Muy bien, señorita Reyes. ¿Se cita usted aquí con un hombre?
- LUZ (Riendo.) ¿Y dónde, si aquí es donde vivo?
- MARÍA Ya está dado el recado.
- LUZ Muchas gracias. (Vase María por el foro.)
- CAR. Usted no puede continuar viviendo aquí.
- LUZ (Con ironía.) ¿Qué me cuenta usted?
- CAR. No se puede tratar más que de una corta visita. De una pequeña broma.

- LUZ ¿Por qué? Me encuentro aquí admirablemente. Esto es encantador.
- CAR. Pero Luis, en cambio, se encuentra en una situación bastante difícil y penosa.
- LUZ Esté usted tranquilo, querido Carlos, esté usted tranquilo. Las situaciones más difíciles se han resuelto siempre a mi favor.
- CAR. Pero si...
- LUZ (Riendo y dominándole.) Yo me he propuesto, y hasta ahora lo he conseguido, pasar por la vida riendo. Las lágrimas y las preocupaciones se quedan para Pierrot, pero nunca para Colombina... Ahora, la casualidad, la diosa casualidad, me brinda una excelente farsa. No es cosa de despreciarla. ¡Voy a reír y voy a reír mucho! ¡Muchísimo! (Riendo.) No falta ni un solo personaje para la pantomima. Pierrot, Arlequín, Polichinela, Pantalón...
- CAR. Por Dios, Luz, piense usted en Luis...
- LUZ Luis es feliz en su nuevo matrimonio... Y lo seguirá siendo. Descuide usted... Puede que a Colombina le cueste al final alguna lágrima. Por eso procurará reír para ocultarlas... ¿Quiere usted que yo, la loca Luz Reyes, la tiple de las genialidades, la reina de la opereta, rechace un papel tan estupendo como el que se me ha ofrecido? No, amigo mío. Este papel de *prima* no lo dejo yo escapar tan fácilmente. No me lo permite la sangre de teatro que corre por mis venas. Pero, por Dios. ¿Por qué me mira usted de esa manera? ¿Qué le pasa?
- CAR. Luz...
- LUZ ¿Qué?
- CAR. Queridísima Luz...
- LUZ Eso ya me lo ha dicho usted.
- CAR. Millones de veces se lo repetiría. No quisiera más que poder pronunciar siempre su adorable nombre.
- LUZ ¿Con que esas tenemos? ¿Está enamorado nuestro buen Carlitos?... ¿Ve usted? ¡Falta la música! ¡Qué delicioso dúo podría venir ahora! (Riendo.) ¡Un vals arrullador para que usted me dijera dulces frases de amor mientras yo me sentaba en una mesa, (1.º hace.) y luego hacíamos mutis dándonos un prolongado beso!... (Riendo.) Pero, siga usted. Esto es delicioso, verdaderamente delicioso...

- CAR. ¡Se ríe usted de mí.
LUZ De ninguna manera. Es que lo pide la situación... Pero, ¡cómo son ustedes los hombres! ¿Por qué no me ha hablado usted de esa pasión hasta ahora?
- CAR. (Algo apurado.) Antes... Antes era usted la esposa del mejor de mis amigos.
LUZ (Riendo.) ¡Malditos los inconvenientes!
CAR. Mófese de mí. Lo merezco. Pero si pudiera ver mi corazón se compadecería.
LUZ ¡Pobre corazón! (Riéndose.)
CAR. Decididamente no quiere usted tomarme en serio.
LUZ Sí, Carlitos, sí, muy en serio. Y por eso mismo le digo con toda franqueza que yo no soy la mujer que usted necesita.
CAR. (Serio.) Sí, Luz, sí.
LUZ (Deprisa.) No, Carlos, no. El matrimonio es como un yugo y en mí hay algo que no tolera yugos ni cadenas. La paz, la tranquilidad, son verdaderos tormentos para mí. Yo necesito emociones, variación, diversiones, bailes, coqueteos.. Por eso mi vida es el teatro donde la opereta cambia todos los días.
CAR. Pero, ¿no concibe usted la felicidad de otro modo?
LUZ No, Carlos, ¿para qué engañarle?... Como al mismo tiempo, por una extraña mezcla de mi temperamento, no tolero el amor sino ante la legalidad, resulto una mujer peligrosísima. Usted es un buen muchacho, Carlos. Estoy segura de ello. Volvamos a ser lo que éramos. Quedemos donde estábamos. Yo, en la escena, usted en la sala. Cuando reaparezca en el teatro necesito verle a usted en su palco, aplaudiéndome.
CAR. (Asombrado y dolorido.) Pero, ¿piensa usted volver al teatro?
LUZ Me moriría si no. He deshecho mi compañía, pero tengo en Madrid un contrato estu-
pendo.
CAR. ¿Es cierto?
LUZ Ciertísimo. Tengo que comenzar en seguida los ensayos, porque durante el tiempo que he estado sin trabajar, ha variado el repertorio.
CAR. Entonces, ¿es al empresario al que espera usted?

LUZ No. A mi antiguo maestro de coros, que tiene que enseñarme las operetas nuevas.

CAR. ¿Y le cita usted aquí? ¿Pretende ensayar en esta casa?

LUZ (Yéndose por el foro.) No tenga usted miedo. Aquí soy y seré la prima, nada más que la prima, nunca la prima donna. Hasta luego. ¡Y a reír! No se ponga usted triste que casi ha logrado contagiarme. ¡Qué graciosa estaría yo serial... ¡Ja, ja, ja! (Vase riendo.)

ESCENA III

CARLOS, LUIS y el BARÓN

LUIS (Bajando con el Barón.) Y yo le digo a usted, querido papá, que esa mujer tiene que salir de esta casa inmediatamente.

BARÓN (Resuelto.) Y yo le digo a usted que esa mujer se quedará aquí.

LUIS ¡De ninguna manera!

BARÓN ¡De todas las maneras! Los Quiñones de Quesada jamás han despedido a un huésped. (A Carlos.) ¿Qué dice usted a esto, querido primo?

CAR. Soy de su misma opinión.

BARÓN (A Luis.) ¿Lo oye usted?

LUIS (Asombrado, a Carlos.) Pero, ¿qué dices?

CAR. Que soy de tu opinión.

LUIS (Al Barón.) Ya lo oye usted.

BARÓN (Enfadado.) Pero, querido primo, esto si que es particular; muy particular, ¡particularísimo! Entonces, ¿usted opina que puede ponerse a la prima de patitas en la calle?

LUIS ¡Luz no es prima mía!

BARÓN (Furioso.) ¿Qué dice usted? ¡Esto es ya demasiado! ¿Cómo se puede ser tan severo? Al fin y al cabo, la cosa no tuvo importancia.

LUIS (Sin comprender.) ¿Qué cosa?

BARÓN Lo del zíngaro.

LUIS ¿Qué zíngaro?

BARÓN ¿Quién va a ser? El director de orquesta.

LUIS (Como enloquecido pasea a grandes zancadas mesándose los cabellos) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

BARÓN Carlos me lo ha contado todo.

LUIS ¿Has cometido esa villanía?

BARÓN ¿Villanía? Los Quiñones de Valladolid son

incapaces de una villanía. La acción de Carlos fué noble y muy noble.

LUIS
BARÓN

¡Vaya una nobleza!
Y todavía tengo que decirte una cosa. Luz tiene derecho a su parte. (Luz le mira asombrado.) Tú tienes que darle lo suyo. No es justo que una madre por una exagerada severidad despoje así a una hija.

LUIS
BARÓN
LUIS

Pero, ¿qué madre es esa?
¡La madre de Luz!
¿Y quién es la madre de Luz, porque yo no la he conocido?

BARÓN
LUIS
CAR.

¿Vas a negar también a tu tía Camila?
(Mirando a Carlos.) ¿Qué?
(Haciéndole señas.) Sí. Tía Camila... Nuestra tía Camila.

BARÓN

Tienes un sagrado deber que cumplir con esa desventurada criatura.

LUIS
BARÓN

¿De quién habla usted ahora?
De Luz.

LUIS
BARÓN

¿Es que trae algún hijo?
(Furioso, a Carlos.) ¿Oye usted, querido primo, lo que se atreve a suponer de su desgraciada prima? (A Luis.) La infeliz se ha ganado la vida como mecanógrafa.

LUIS
BARÓN

¿Quién?
¡Luz! ¿De quién estamos hablando?

LUIS
BARÓN

¡De mecanógrafa! (Suelta la carcajada.)
Sí. No te rías. No ha manchado el honrado apellido de Reyes. El primo Carlos me lo ha contado todo. (Luis da un pisotón a Carlos que lanza un grito.)

ESCENA IV

DICHOS y LUZ, por el foro

LUZ

(Muy alegre.) ¡Corderito! Qué bien se está en tu casa. ¡Qué bonito lo has puesto todo!

LUIS

(Desesperado.) ¡Corderito! ¡Corderito!

LUZ

(Golpeándole en el hombro.) Tu mujercita es deliciosa. Me tiene encantada.

LUIS

(A Carlos.) ¡Qué desvergüenza! ¡Qué frescura!

BARÓN

(Muy galante.) No sabe usted cuánto cerebro que se encuentre usted tan bien entre nosotros. Es una satisfacción para un Quesada.

Cuando lleve aquí cinco o seis meses, entonces...

LUIS

¡Medio año!

LUZ

Ciertamente. ¿Qué menos puedo estar para corresponder a tantas atenciones? Digo, si a tí no te parece mal.

LUIS

Por mí... Por mí...

BARÓN

¡Bravo! .. Ya sabía yo... Luis tiene que compensarla a usted de todo. A ello está dispuesto con toda su alma.

LUZ

(Acariciando la barbilla a Luis.) ¡Qué bueno eres, corderito!

LUIS

(Mirándola furioso.) ¡Y dale con corderito!

BARÓN

(A Carlos.) Querido primo. Me parece que lo mejor es que ellos se entiendan a solas. (A Luz.) Cuando usted quiera, iremos en el automóvil al hotel para que usted cierre sus maletas y se las traiga. De camino damos un paseo delicioso por la Castellana y Recoletos. La mañana es soberbia.

LUZ

Me parece muy bien. Con mucho gusto.

CAR.

Yo puedo acompañarles... si aceptan mi compañía.

BARÓN

Si tenemos que traer las maletas, vendría incómodo en el coche. (A Luis.) No seas severo con ella, de lo contrario, tendrías que verte la cara conmigo. Luz está bajo mi protección. Vamos, Carlos. (Vase con Carlos.)

ESCENA V

LUZ y LUIS, después el BARÓN

LUZ

¡Qué gracioso es el viejo éstel! ¡Tiene cosas para desternillar de risa!

LUIS

Ahora que estamos solos, serenamente, haz el favor de decirme por qué has venido. Me parece una cosa de muy poca gracia asaltar mi hogar de este modo.

LUZ

(Coqueta,) Pero, corderito mío...

LUIS

No me llames más corderito. Te lo suplico.

LUZ

¡Pero sí te gusta mucho!

LUIS

Eso era en otros tiempos. Ahora he dejado de ser corderito.

LUZ

¡Pues lo siento! (Irónica, pero amable.) No me explico por qué estas tan desabrido. A mí me acometió de pronto en Méjico una gran

añoranza. Quise ver de nuevo a mi corderito—perdona, no sé llamarte de otro modo—y sin dudar un momento, licencié a mi compañía, atravesé el Oceano, te escribí una carta anunciándome, y cuando llego, soy recibida en palmitas por todos menos por tí. Pero, ¿no te das cuenta de que con tu presencia me pones en el mayor de los compromisos?

LUIS

LUZ ¿Por qué?

LUIS Porque estoy casado y soy feliz.

LUZ También lo fuiste conmigo.

LUIS ¡Por tu vida, no me hables de eso! Como alguien se entere aquí de que he estado casado antes, se arma un cataclismo. Mi Elvira pediría la separación.

LUZ (Bromeando.) Pero como yo estoy libre, te tomo otra vez y no ha habido más que un paréntesis.

LUIS (Desesperado.) ¡Por Dios te lo pido! La situación es mucho más seria de lo que tú crees, y por eso tienes que marcharte en seguida.

LUZ (Sonriendo.) No me lo permite tu suegro.

LUIS ¡Mi suegro no está en su cabal juicio! ¿De dónde saca que tú eres mi prima?

LUZ Pues no lo sé. Yo me encontré ante un hecho consumado, y no me atreví a desmentirlo.

LUIS Carlos ha debido decirlo al presentarte tú para salvar la situación... ¡Si yo pudiera saber todo lo que ha inventado!

LUZ Yo tampoco lo sé.

LUIS No puedes permanecer aquí ni una hora más. Amo a mi mujer sobre todas las cosas, y no quisiera darle un disgusto.

LUZ Pues confíesele toda la verdad.

LUIS No puedo.

LUZ Yo lo haré. Ya sabes corderito, que por tí soy capaz de todo. Ahora mismo voy a contárselo y a pedirle perdón. (Medio mutis.)

LUIS (Reteniéndola.) ¡Quédate aquí!

BARÓN (Por el foro.) ¿Está ya todo arreglado?

LUZ Completamente. Luis desea que permanezca con ustedes mucho tiempo. ¿No es verdad, corderito?

LUIS (Desesperado.) ¡Por mí!...

BARÓN Ahora, queridísima Luz, vamos a dar nuestro paseo en automóvil. El chauffeur nos

- espera. No sabe usted lo orgulloso que voy a ir en compañía de una mujer tan encantadora.
- LUZ Es usted muy amable, señor Barón. No merezco tanto.
- BARÓN (A Luis.) ¿Ves qué modesta?
- LUIS (sin mirar.) Sí, ya lo veo, ya lo veo.
- LUZ Voy, con su permiso, a arreglarme un poco y a ponerme el sombrero. (vase.)
- BARÓN Es una mujer encantadora y muy particular...
- LUIS ¡Particularísima!
- BARÓN Voy a ver si está el auto. (vase.)
- LUIS (Paseándose furioso.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué situación me he creado! ¿Y cómo salir de ella?... Tiene que marcharse inmediatamente. ¡Así no se puede vivir! (Arriba se oye gran estrépito y retiembla la araña.) ¡El tío Claudio!... ¿Si él pudiera?... Voy a contárselo... ¡Tío! (se acerca a la escalera para llamarle) Tío. Baje usted.

ESCENA VI

LUIS y el TIO CLAUDIO

- CLAU. ¿Me llamabas?... Perdona. Estaba poniendo en orden mi equipaje. Sin orden no concibo yo la vida.
- LUIS Tío, tiene usted que ayudarme.
- CLAU. ¿Cómo ayudarte? ¡Ah, ya comprendo! Necesitas dinero, ¿eh? Y no quieres que se entere tu mujer, ¿no? Lo tendrás. No te apures por dinero. Al fin y al cabo tú has de ser mi heredero.
- LUIS No, tío, no...
- CLAU. ¡Yo te digo que sí!... Te juro que no vuelvo a casarme más. Me sobra con haberlo hecho una vez. (Con repentina cólera.) ¡Oh, las mujeres, las mujeres!... ¡Aborto del infierno! ¡Que las ahorquen a todas!
- LUIS Pero, tío, mi mujer...
- CLAU. Bueno, hagamos una excepción para ella. Un mirlo blanco. También pensaba yo lo mismo de la mía, pero con las mujeres resulta siempre lo contrario de lo que se piensa... ¡Ah, cuando yo recuerdo a mi esposa!... Era bella como esta Venus. (Coge la Venus de

yeso que hay sobre un pie, en el foro.) ¡La mujer es un monstruo! (Tirando con furia la Venus contra el suelo.)

LUIS ¡Pero, tío!...

CLAU. (Tranquilo.) No te apures. Yo compraré otra. Bueno, ¿y dónde se esconde tu Venus? Quiero decir tu mujer. Todavía no he logrado verle la cara.

LUIS (Que recoge los pedazos de la estatua.) Ya le he dicho que no perdone usted, pero como tenemos huéspedes...

CLAU. ¿Mujeres acaso?

LUIS Mezcla. Un hombre y una mujer. Sobre ésta precisamente quería yo hablar con usted.

CLAU. ¿Qué sucede?

LUIS (En voz baja. Con misterio.) Tengo que eliminar a esa mujer.

CLAU. ¿No se tratará de un crimen?

LUIS ¡Quién piensa en eso, tío!

CLAU. Entonces, bueno. Cuenta conmigo, porque para crímenes no sirvo... Pero, oye, ¿por qué quieres deshacerte de tu mujer? ¿No me habías dicho que eras feliz?

LUIS Y lo soy, tío. No se trata de esta mujer, sino de mi otra mujer. Antes de mi matrimonio actual estuve casado y me divorcié.

CLAU. (Asombrado.) ¿Qué me dices? ¡Es la primera noticia que tengo!

LUIS No le comuniqué a usted nada, tío, porque temo que no autorizase usted un matrimonio semejante. Se trata de una mujer honrada, pero ligera. . Y ahora me encuentro en una situación terrible.

CLAU. ¡Habla de una vez!

LUIS Esa mujer se ha presentado de improviso.

CLAU. ¿Dónde?

LUIS Aquí.

CLAU. Pues échala.

LUIS No puedo.

CLAU. Pues que la eche tu mujer.

LUIS Mi mujer no sabe nada ni puede saber nunca que yo he estado casado. En España no se concibe el divorcio. Mi boda se efectuó en el extranjero y he tenido buen cuidado de ocultársela a mi mujer y a su padre. Todo antes de que lo sepan...

CLAU. Muy bien. Pero ¿cómo está aquí tu primera mujer y no se ha enterado la segunda?

- LUIS Pues porque se hace pasar por una prima.
CLAU. ¡Comprendo! Un chantaje indigno. Pues, nada. Hay que echarla.
- LUIS Pero mi mujer no puede saber nada. No debe sospechar nada.
- CLAU. Me hago cargo, me hago cargo. El asunto corre de mi cuenta. Esa supuesta prima es, por consiguiente, mi sobrina, y, por lo tanto, yo soy su tío... Nada. Ya está hecho. Primero lo intentaré por el camino de la bondad, de la suave persuasión, que es mi natural. Después por el del dinero, y si no lo consigo por ninguno de los dos, entonces... (Furioso.) entonces va a conocer esa prójima quién es tu tío. Tranquilízate. La cosa está como quien dice resuelta.
- LUIS Pero, tío, por Dios, que nadie se entere de nada. Que no sepan que he estado casado.
- CLAU. Nada, hombre, nada... Vete descuidado. Echame por aquí a la primita esa que va a ver lo que es un tío.
- LUIS No sé si estará ahora. Pensaba salir... (Vase por el foro.)

ESCENA VII

CLAUDIO, después ELVIRA

- CLAU. ¡Pobre muchacho!... ¡En buen compromiso le ha metido esa mala pécora! ¡Qué desfachatez, presentarse en su propia casa! Buscando dinero, seguramente. ¡Oh, las mujeres!...
- ELV. (Por la escalera. El tío Claudio está de espaldas.) ¡Ah, el tío!
- CLAU. Buenos días.
- ELV. No sé si le parecerá a usted mal... poco correcto, que yo me presente, pero...
- CLAU. Señora...
- ELV. Puede usted llamarme sobrina. Yo soy la...
- CLAU. (sin dejarla terminar.) ¡Ah, usted es la parienta que nos hemos echadol
- ELV. Eso es, querido tío... (¡Sí que es un poco ordinariol)
- CLAU. (¡Una frescura semejante no la he visto en mi vida!) Pues me alegro mucho de conocerla a usted.
- ELV. Yo también tenía vivos deseos...

CLAU. Pues como a mí no me gusta perder el tiempo, vamos a lo importante. Esto no puede continuar así.

ELV. ¿El qué?

CLAU. No es una misión muy agradable tratándose de una señora... Pero hay que decirlo con franqueza. Mi sobrino sufre demasiado a causa de ello y yo estoy dispuesto a que esto termine en seguida.

ELV. No le entiendo...

CLAU. No me obligue usted a remover ciertas cosas... Cuando una mujer se pone en un mal camino y se olvida de lo que no debe olvidarse... En fin, usted ya me entiende demasiado... No estoy dispuesto a tolerar primitas por muy guapas que sean.

ELV. ¡Ah, ya!... Yo tampoco estaba dispuesta... pero Luis, que al principio se resistió, ha acabado por consentirlo... Hasta se alegra mucho...

CLAU. ¡Qué se va a alegrar!... Se resigna por no dar un escándalo, pero quiere que esto termine.

ELV. Al mismo tiempo, es hombre de conciencia... Tiene el deber de reparar ciertas injusticias. Se le presenta la ocasión de saldar sus cuentas... En estos casos no debe doler el dinero... Yo le exigiré que cumpla su deber...

CLAU. (Sonriendo, irónico.) ¡Ah, ya, a usted lo que le preocupa sobre todo es el dinero.

ELV. Naturalmente.

CLAU. Repare usted en que mi sobrino acaba de casarse y no está en condiciones de hacer despilfarros. Puede tener hijos... ¿Usted sabe si está ya en camino de tenerlos?

ELV. (Ruborosa.) ¡Por Dios!...

CLAU. Veo que se conmueve usted.

ELV. Sí, es natural... Pero no por eso desisto. No es razón que pueda tener hijos...

CLAU. Bien, bien. Si no se trata más que de dinero todo puede arreglarse. Yo le ayudaré para que el sacrificio sea menor. Si usted quiere, ahora mismo le extiendo un cheque por diez mil pesetas.

ELV. ¡Muy bien! Haremos que Luis ponga otro tanto y ya resulta una cantidad bastante decente... Claro que no nunca lo que debía ser...

- CLAU. ¡Cómo! ¿Le parece a usted poco?
ELV. Es que tenga usted en cuenta lo que Luis ha recibido en cambio...
- CLAU. (Mirándola de arriba abajo.) Sí... Ya me hago cargo, ya... Voy a extender el cheque, pero con la condición de que terminen las exigencias. Este dinero ha de ser el último.
ELV. Muy bien.
CLAU. (¡No creía yo que se iba a arreglar tan fácilmente!) (Extiende el cheque) Aquí tiene usted.
ELV. Muchas gracias. Muchas gracias. Esto puede ser la felicidad de una desgraciada.
· CLAU. Y saldado este asunto, permítame usted que le diga que es una mujercita muy mona... El pícaro de mi sobrino tiene buen gusto.
· ELV. (Ruborosa, dejándose acariciar la barbilla) Me considero muy feliz agradándole a usted.
· CLAU. Ya lo creo que me agrada usted, y mucho... Es usted muy bonita; tiene usted unos ojos encantadores, una boquita deliciosa..
· ELV. ¡Por Dios, me confunde usted!..
· CLAU. ¡Qué la voy a confundir! Déjese de pamplinas y venga un abrazo... Me parece que diez mil pesetas bien valen un abrazo, y hasta un beso.
· ELV. ¿Por qué no? (Le abraza y se deja besar en la frente.) Y ahora, permítame usted. Estoy impaciente. He tenido un verdadero placer... Me ha sido usted en extremo simpático y creo que nos querremos mucho. Adiós. (Vase corriendo.)
· CLAU. ¡Demonio, demonio, demonio!... Es encantadora... Y abraza con unas ganas... Si no fuera la mujer divorciada de mi sobrino, sería capaz... Pero, ¿quién sabe todavía?... (Frotándose las manos va de un lado a otro tarareando una canción mejicana.)

ESCENA VIII

CLAUDIO y LUIS

- LUIS Vamos, tío, parece que está usted satisfecho de la vida.
· CLAU. Sí. Está todo resuelto. Acabo de hablar con ella y todo está arreglado.
· LUIS Creí que no había vuelto. La he estado bus-

cando. Pero, dígame, ¿de veras está todo resuelto?

CLAU. Todo. Te vas a ver libre de ella. Le he dado diez mil pesetas.

LUIS (sorprendido.) ¿Y las ha tomado?

CLAU. Naturalmente. Ya te decía yo que con dinero se arreglaba todo. Me ha dicho que valía mucho más lo que tú has recibido en cambio... Y es verdad, porque como bonita lo es.

LUIS Sí, muy bonita. Esa fué mi perdición.

CLAU. Y sabe, sabe abrazar la muy bribona.

LUIS ¿Abrazar?

CLAU. (Guiñándole el ojo.) Y tiene un cutis de raso y un perfume en los cabellos que marea. Pero, oye, me parece un poco violento ponerla en la calle inmediatamente. Puede permanecer aquí un par de semanas. .

LUIS No, tío. ¡De ninguna manera!

CLAU. ¿Y por qué no? Nadie sospecha la verdad. Para todos es tu prima... Yo soy su tío, y por mi parte estoy dispuesto a ser un tío cariñoso. (Hace mutis riéndose.) Puedes estar seguro.

LUIS (Horrorizado.) Pero, ¿es que todo el mundo se ha conjurado en contra mía? ¡Ahora se queda otra vez en casa!

ESCENA IX

LUIS y ELVIRA

ELV. ¿Estás aquí? Te andaba buscando. ¿Sabes que tu tío no es el salvaje que nos has pintado? Me parece una persona encantadora. Un viejo muy simpático.

LUIS Pero, ¿has hablado ya con él?

ELV. ¡Claro! También se lo perdona todo a tu prima Luz.

LUIS (Con miedo.) Pero... Permíteme... No entiendo bien. ¿Mi tío no ha hablado aquí hace un instante con Luz?

ELV. No. Conmigo. Pero yo he logrado convencerle de que debía perdonar y ha perdonado. Ahora que ya han desaparecido todas las dificultades, todos los obstáculos, Luz puede permanecer aquí con nosotros. Lo pasaremos muy bien.

- LUIS ¡En la glorial
ELV. ¿Te alegras?
LUIS ¡Ja, ja, ja! (Bien para ocultar su turbación.) Naturalmente que me alegro. ¡Ja, ja, ja! Mira cómo me alegro... Todos nos alegramos mucho.
ELV. Bueno, pero tienes que ser generoso y corresponder a lo que ha hecho el tío.
LUIS Sí, hija, sí. Lo que ha hecho se lo agradeceré toda la vida.
ELV. Pues damé un cheque por otras diez mil pesetas...
LUIS (Riéndose estrepitosamente.) ¡Ja, ja, ja! ¡Que te dé yo otro cheque!
ELV. En medio de todo, teniendo en cuenta la herencia de la tía Camila, haces un bonito negocio...
LUIS (Riendo siempre.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya! ¡Un negocio redondo! (Vase por la izquierda seguido de Eivira)
ELV. Pero, oye, hombre, no te rías así...

ESCENA X

LUZ y BARÓN

- BARÓN (Por el foro con Luz.) Pase, pase aquí, encantadora prima, mientras recogen sus maletas del auto y las pasan a sus habitaciones. ¿Le ha parecido bien nuestro paseo?
LUZ Maravilloso; sobre todo por la compañía tan agradable que he tenido.
BARÓN (Pavoneándose.) Exage:a usted...
LUZ De ningún modo, Barón. He ido contentísima. Ya ha visto que no he cesado de reir.
BARÓN Y cuando usted ríe, parece usted más hermosa todavía.
LUZ ¡Baroncito, Baroncito!...
BARÓN No me dé usted tratamiento. Nada de Barón ni de Baroncito. Al fin y al cabo estamos emparentados.
LUZ ¿Debo llamarle tío?
BARÓN No, tampoco. No me gustaría que me llamasen tío de ese modo. Suena algo raro.
LUZ Entonces, ¿cómo he de llamarle?
BARÓN Si no fuera demasiado pedirle, por mi nombre de pila, Onofre.

- LUZ Onofre. Precioso nombre. Suenan así algo como a Edad Media... (Siempre coqueta.)
- BARÓN Que al fin y al cabo es una edad de los mejores de la vida.
- LUZ Y que es en la que está usted, Onofrito.
- BARÓN (Intentando abrazarla.) ¡Es usted una perla!
- LUZ (Escapándose.) Pero mal prendida.
- BARÓN ¡Qué graciosa es usted! ¡Propongo que nos bebamos una copa de champagne!
- LUZ Aceptado, Onofrito.
- BARÓN ¡Qué bien suena mi nombre en sus labios!... ¿Puedo yo también llamarle Luz?
- LUZ Naturalmente, querido amigo.
- BARÓN ¡Es encantadora! (Llama al timbre.)
- MARÍA ¿Llamaba el señor?
- BARÓN Sí. Diga usted a Pedro que saque de la bodega una botella de champagne y nos la sirva.
- MARÍA ¿Aquí?
- BARÓN Sí. Aquí mismo.
- LUZ Y que la ponga en hielo. A mí me gusta el champagne muy frío. (Vase María.)
- BARÓN Beberemos una copa a la salud de Luz Reyes.
- LUZ Y otra a la salud de Onofre de Quiñones.
- BARÓN ¡Admirable!
- LUZ Mientras se hiela el champagne voy a cambiarme de traje ya que tengo aquí mi ropa. En seguida vuelvo. (Vase corriendo y riendo)
- BARÓN Encantadora, verdaderamente encantadora. ¡Qué detalles! Cambiarse de traje para beber una copa de champagne. Parece enteramente que estamos en una opereta. Hace calor. Verdadero calor. ¡Es particular, muy particular! ¡Particularísimo! (Sale.)

ESCENA XI

MARÍA, LUIGI; después, BARÓN

- MARÍA (Por el foro, trayendo en la mano una botella de champagne, copas y una cubeta de hielo.) Haga usted el favor de pasar aquí al hall.
- LUIGI (Tipo muy de artista. Pantalón muy estrecho, americana negra, de dos filas de botones, chalina grande, cuello marinero que ha sido blanco. Gran fieltro, lar-

guisimas melenas. Bigote de mosquetero. Muy afectado. Habla con marcado acento italiano.) Molte grazie, signorina. He aquí mi cartulina. Hola, hola. Champaña. Amabile recibimiento.

MARÍA (Sonriendo.) El champagne es para el señor Barón. (Vase.)

LUIGI Capisco. Oh, oh. Tiene un barón. (Mirando la habitación.) Io lo tendré en cuenta para mis honorarios. (Abriendo el piano.) Ah, un Pleyer. El mecenas parece ser hombre rico.

BARÓN (Sale seguido de María.) La señorita Luz está cambiando de traje. Yo le daré la tarjeta.

MARÍA Bien, señor. (Vase mirando intrigada a Luigi.)

BARÓN (Asombrado, mirando a Luigi.) ¿Quién será este tipo?

LUIGI (Sin verle, aporreando con entusiasmo el piano.) «Vergo de Bohemia...» (Música del conocido cuplet.)

BARÓN (Esto es particular, muy particular. ¡Ponerse a dar un concierto en una casa extraña!...)

LUIGI (Entona un trozo de opereta.)

BARÓN ¡Caballero!

LUIGI (Se levanta rápidamente y hace una profunda reverencia.) Signore... Carissimo signore...

BARÓN (Horrorizado, reconociendo a Luigi de la cabeza a los pies.) ¿Qué desea usted?

LUIGI Perdón, signore. Io deseo hablar a la signorina Luz Reyes..

BARÓN ¿Con la señorita?... (Mirando la tarjeta de visita que tiene en la mano.) ¡Luigi Caralolti!

LUIGI (¡Este es el barón pagano!)

BARÓN (¡Este es el zingaro!) (Da una vuelta a su alrededor sin dejar de mirarle.)

LUIGI (Asombrado.) ¿Por qué me mirará tanto este hombre?

BARÓN (Agresivo, de repente y con voz fuerte.) ¿Qué osadía es esta?

LUIGI (Asombrado y sin comprender.) ¿Qué cosa dice, signore?

BARÓN ¡Como no salga usted inmediatamente de esta casa!...

LUIGI (Asustado.) ¿De aquesta casa? Ma non... Permitame...

BARÓN (Sin dejar de gritar.) No permito nada. Salga usted de esta casa en seguida.

LUIGI (El viejo parecer ser celoso... Capisco, io tengo este tipo elegante, esta mirada... Sono

un homo peligroso.) Caballero, io le doy la mi palabra de honore musicale que sus celos son hasta ahora completamente infundatos.

BARÓN ¿No le da a usted vergüenza?

LUIGI ¿Per qué? No, signore. No me da ninguna vergüenza.

BARÓN ¿Qué quiere usted de la señorita Reyes?

LUIGI Ricordarle. Ricordarle lo pasato... Lo antiguo e comenzar de nuevo...

BARÓN ¡Recordarle lo antiguo, lo pasadol... ¡Ya me lo figuraba yo!... ¡Es usted un miserable!

LUIGI ¡Oh, oh! Esa palabra, me ha parecido sonar como a un insulto.

BARÓN ¿No está usted satisfecho con haber causado ya una vez la desgracia de la familia?

LUIGI Non capisco.

BARÓN No se haga usted el tonto. A ella no volverá usted a verla. Lo he de impedir por todos los medios. Y los medios no me faltan. Abandone usted esta casa cuanto antes.

LUIGI ¿Se me da con la porta in faccia?... Bien, signore, pero no puede ser que yo haya venido para nada. ¿Capisca?...

BARÓN ¡Ah, ya asoma la orejal

LUIGI Al fin y al cabo este es mi negocio...

BARÓN ¡Qué negocio más limpio!

LUIGI (Orgullosa.) ¡Caballero!... Mi oficio es sagrato per me. Siento tener que utilizarlo para ganar dinero. Oh, molto mejore sería poderlo hacer per amore al arte...

BARÓN (¡Qué cinismo!... Tendré que ofrecerle dinero para librarme de él. Me repugna, pero no hay más remedio.) Bien... Hablemos claro.

¿Cuánto exige usted?

LUIGI Oh, no de he aprovechar... Mis honorarios de costumbre.

BARÓN (¡Hasta una tarifa tiene el muy desvergonzadol) Terminemos. ¿Cuánto?

LUIGI Le va a parecer piu poco...

BARÓN Acabe de una vez...

LUIGI ¿Le parece cinco?...

BARÓN Ya se contentará usted con dos.

LUIGI Non, non. Es piu poco. Pongamos cuatro... Vengan cuatro e mile gracia.

BARÓN Es demasiado.

LUIGI Es lo que recibo siempre.

BARÓN Llegaré a tres, pero ni un céntimo más.

- LUIGI Bien, pero no se lo diga a nadie que me...
¿cómo se dice? Me desacreditaría...
- BARÓN (Saca la cartera y le da tres billetes de a mil pesetas.)
Tenga las tres mil pesetas, pero cónstele que son las primeras y las últimas.
- LUIGI (Asombradísimo.) ¡Tres mile lire!
- BARÓN ¡Váyase inmediatamente! Y prométame no volver.
- LUIGI Paróle de honore musical.
- BARÓN Váyase, váyase. La señorita Reyes no debe verle aquí.
- LUIGI Signor. Sus deseos son órdenes per me. (Recoge los papeles de música.)
- BARÓN ¡Salga usted en seguida!
- LUIGI ¡Ciertamente! No se moleste. Todos mis respetos a la signorina. (Sale muy orgulloso)

ESCENA XIII

BARÓN, después LUIS, ELVIRA y CARLOS

- BARÓN ¡Por fin me he librado de él! Bien me puede agradecer mi yerno el servicio que le he hecho.
(Entran Luis, Carlos y Elvira.)
- ELV. (Con un cheque en cada mano.) Luis, te has portado como debías. Papaíto, mira lo que tengo aquí. (Le muestra los cheques.)
- LUIS Veinte mil pesetas me cuesta la broma.
- BARÓN (Sorprendido.) ¿Cheques por veinte mil pesetas?
- ELV. Sí. Para Luz. Uno es del tío Claudio y otro de Luis. Yo misma me he encargado de recaudar esta cantidad y yo misma se la entregaré.
- CAR. (Bajo a Luis.) No te apures. Ella te devolverá el dinero
- LUIS (Idem.) ¡Tú no conoces a Luz!
- BARÓN Muy bien, muy bien. Pues ahora voy a ser yo quien os dé otra alegre sorpresa. ¿Sabéis a quien acabo de echar ahora mismo de aquí y para siempre?
- LUIS ¿No habrá sido al tío?
- BARÓN ¡No! A otro tío, pero no al de Méjico. Pero bueno, ya que estás saldando cuentas, dame tres mil pesetas.

- LUIS ¿Para qué?
BARÓN Dámelas y no discutas, porque me tienes que estar muy agradecido por lo que he hecho.
- LUIS (Entregando el dinero a regañadientes.) Tengo una gran curiosidad...
- BARÓN Te advierto que te he ahorrado dos mil.
- LUIS ¿Ahorrado? ¿Cómo?
BARÓN Porque quería cinco. Pero yo no he dejado que te explotasen y he rebajado dos.
- LUIS Pero ¿quién ha sido?...
- BARÓN (Bajo después de mirar a todos lados.) ¡El zíngaro!
- LUIS ¿Qué zíngaro?
BARÓN El seductor de Luz, el que estuvo a punto de perderla. Ha estado aquí hace un momento.
- (Luis y Carlos se miran asustados.)
- ELV. ¿Y qué quería ese hombre infame?
BARÓN Pues llevársela o sacarnos algo. Es un hombre de un cinismo...
- LUIS Pero, ¿quién?
BARÓN El músico, hombre.
- LUIS ¡Es un impostor! (Furioso.)
CAR. (Exaltado.) ¡Un farsante!
BARÓN Ya, ya. También estoy yo seguro de ello. No había más que oírle. Pero ya estamos libres de él y le hemos ahorrado a la pobre...
- LUIS ¡Yo no me resigno a ser víctima de una estafa semejante! Ahora mismo voy a denunciar el caso a la policía.
- BARÓN ¡Eso no puede ser! ¡Piensa en Luz!
LUIS ¡Pienso en la luz, que no es lo mismo! Esto pasa ya de la raya. ¡Es demasiado! A ese sinvergüenza que se ha aprovechado tan miserablemente, le pesco yo. ¡Vaya si le pesco! (Vase corriendo por el foro.)
- BARÓN Pero, ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así?
ELV. Déjale, papá. Yo le tranquilizaré. Es la indignación natural contra el que ha estado a punto de deshonrar su apellido. (Vase por el foro.)
- BARÓN Querido primo, vaya usted tras él para que no cometa ningún disparate. Hay que evitar que la pobre prima se entere de nada.
- CAR. ¿Quién será ese sinvergüenza? (Vase.)

ESCENA XIV

BARÓN, LUZ, después DON CLAUDIO y todos los demás

- BARÓN No comprendo tanta indignación por miserables tres mil pesetas después de todo lo que ha pasado. ¡Mira que si le llego a dar las cinco mill!
- LUZ (Saliendo.) Que, Onofrito, ¿está ya el Champagne?
- BARÓN Sí, bella Luz. Podemos celebrar el acontecimiento. (La besa galantemente la mano) Tome usted asiento.
- LUZ ¿Dónde está corderito?
- BARÓN Ha ido a buscar a la policía.
- LUZ (Sorprendida.) ¿Cómo?
- BARÓN (Corrigiéndose.) Probablemente para asuntos sin importancia. Pero no hablemos ahora de corderito. Bebamos esta botella a la salud de Luz Reyes y de Onofre de Quiñones. (Beben.) ¿Y ahora?
- LUZ Ahora cambiemos de copa y bebamos así. Verá. (Cruza el brazo con el Barón dándole a beber en su copa al mismo tiempo que ella bebe en la de él, que se muestra melosísimo.)
- CLAU. (Baja en traje de calle. Se queda sorprendido al ver el grupo. Avanza, se fija, reconoce a Luz y grita.)
¡¡Luz!!!
- LUZ (Volviendo la cabeza, horrorizada.) ¡Cielos! ¡Mi otro marido!
- CLAU. (Arroja contra el suelo un jarrón.) ¡Por fin te tengo!
(Entran asustados Luis, Carlos y Elvira.)
- LUIS ¿Qué pasa aquí?
- LUZ (Escondiéndose detrás del Barón.) ¡Onofrito, protéjame!
- BARÓN (Al tío Claudio.) ¡Respete usted a su sobrina!
- CLAU. ¿Mi sobrina? ¡¡Si es mi mujer!!
- TODOS ¿Qué?
- LUIS ¿Quién es su mujer, tío?
- CLAU. ¡Esa! ¡Luz Reyes!
- LUIS (En un grito.) ¡Luz! (A ella.) ¿Entonces tú eres?...
- LUZ ¡Tu tía, corderito, tu tía!
(Cuadro y telón rápido.)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Pocos momentos después de terminnr el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

LUZ y el BARÓN

BARÓN (Sentado en el sofá, junto a Luz. Se muestra muy agitado.) Esto sí que es particular, muy particular. ¡Particularísimo!... ¿De modo que usted es la mujer del tío Claudio?

LUZ ¡Lo fuí!... A Dios gracias aquello pasó y nada tengo que ver con él.

BARÓN Eso es verdad, puesto que estás divorciada. Permítame usted que la tutee.

LUZ Estás autorizado a ello, Onofre.

BARÓN ¡Oh, qué confianza más encantadora!... Decíamos que afortunadamente estás divorciada...

LUZ Con todas las de la ley. Nuestro matrimonio se había realizado en Méjico y en Méjico se efectuó el divorcio tres meses después.

BARÓN ¡Menos tiempo... imposible!

LUZ El necesario para conocer a ese hombre fiero.

BARÓN Sí. Es verdaderamente indigno que un hombre llegue a cometer la villanía de maltratar a su mujer, y sobre todo, siendo una mujer tan delicada, bella y encantadora como tú, y le tire a la cabeza un jarrón...

LUZ Felizmente, no me dió, y por eso alega que

- no hubo malos tratos. Pero yo, decidida, despreciando sus millones, pedí inmediatamente el divorcio arrojando su ira.
- BARÓN ¡Oh, eres una mujer admirable! Fuerte, enérgica, decidida.. Eres todo un carácter.
- LUZ (Suspirando.) ¡Sí! ¡Soy todo un carácter!..
- BARÓN ¡Cuánto has pasado!
- LUZ ¡Oh, no lo sabes tú bien!
- BARÓN (Decidido.) Pero todo acabó ya. Ahora tu vida cambiará radicalmente. Has llegado al término de tu calvario.
- LUZ Sí. Mi vida cambiará radicalmente desde que empiece a cumplir mi contrato.
- BARÓN ¿Tu contrato? ¿Piensas volver a ser la mecanógrafa de antes?
- LUZ «La Mecanógrafa» y «La viuda alegre», «La duquesa del Tabarín» y todo lo que me manden.
- BARÓN ¿Qué es lo que dices?
- LUZ Que la opereta me atrae.
- BARÓN ¿La opereta? ¿Tú cómica, tiple, de opereta? ¿Qué vas a hacer?
- LUZ ¡Toma, pues cantar y bailar!
- BARÓN (Decidido.) ¡Imposible! (Arriba se siente un ruido infernal de muebles.) ¡Ya empieza ese bárbaro de nuevo sus monólogos!..
- LUZ ¡Cinco veces tuvimos que poner la casa en el tiempo que estuvimos casados!
- BARÓN ¡Te creo, hija mía, te creo! Como esté aquí dos días más, no deja del hotel más que los cimientos... Retírate, retírate hacia aquí no sea que... (Se la lleva atemorizado al otro extremo de la habitación.)

ESCENA II

DICHOS y ELVIRA

- ELV. ¡Oh, el tío no sé lo que está haciendo en su cuarto, pero creo que no va a dejar ni un mueble sano!
- BARÓN ¡Es un piel roja! ¡Un indio bravo!
- ELV. (A Luz, amonestándola cariñosamente.) Luz, Luz. ¿Por qué no nos lo digiste desde el primer momento?
- LUZ ¿Cómo iba yo a suponer que él estaba aquí ni que era de la familia?

- BARÓN No le queda mucho tiempo de estar entre nosotros. Hay que echarle de aquí cuanto antes.
- ELV. Papá, tampoco podemos ponerle así como así en la calle. Además, tal vez sea posible una reconciliación...
- BARÓN (Indignado.) ¡Una reconciliación!...
- ELV. Luis, dice que tiene esperanzas, que tal vez lo consiga...
- LUZ ¿Sí? Pues dile de mi parte que no se moleste. Yo renuncio.
- BARÓN ¡Renunciamos!... Una reconciliación... Una reconciliación con un hombre que se entretenía en bombardear a su mujer con tibores y que tenía que amueblar la casa cada quince días.
- ELV. ¿Que la bombardeaba con tibores?
- LUZ Sí. Precisamente por eso pedí el divorcio. Me tiró un jarrón que estuvo a punto de matarme.
- BARÓN Es un verdadero monstruo. (Repentinamente.) Hay que esperar que no sea una condición de familia. Algo atávico...
- ELV. ¡Pero, papá!...
- BARÓN No, no, estas cosas a lo mejor son estigmas de familia... Y solo con pensar que Luis podía empezar a romper jarrones... y en tu cabeza para colmo...

ESCENA III

DICHOS y LUIS

- LUIS (Por la escalera. Al bajar, coge un jarrón que habrá en ella, y desciende con él en la mano.) ¿Estaba usted hablando de mí, papá?
- ELV. ¡Ah!
- BARÓN ¡Atávico!
- LUIS Pero, ¿qué pasa?
- ELV. ¡Deja ese jarrón!
- LUIS Es que lo voy a quitar de aquí porque está muy a la mano, y al bajar el tío puede ocurrírsele...
- BARÓN ¿Serías tú capaz de bombardear a tu mujer con jarrones como a tu prima el bárbaro de tu tío?

- LUIS** Querido suegro, dejémonos ahora de esas tonterías.
- BARÓN** No. De ningún modo. Todo se le puede perdonar a un hombre menos que cometa la villanía de faltar de obra a una mujer... Eso es horrendo. Avergüéncese usted.
- LUIS** Pero, papá, si no es verdad. ¡Le doy a usted mi palabra de honor!
- BARÓN** ¡Bah, palabra de honor!
- LUIS** Elvira, créeme que no es verdad.
- BARÓN** Esa fué, sin embargo, la causa del divorcio. ¿No es verdad, Luz? ¿No consta así en el expediente?
- LUZ** (Sonriendo.) Exactamente. (Rie.)
- LUIS** (Furioso a Luz, creyendo que lo ha contado todo.) ¿Cómo?... ¿Te atreves?...
- ELV.** ¡La pobre Luz!...
- LUIS** (Exaltado a Luz.) ¿Lo has contado todo?
- BARÓN** ¿Y la vas a reñir por eso? Yo te repito que un hombre tan brutal no cabe en nuestra familia.
- LUIS** (Arrodillándose ante Elvira.) ¿No puedes tú perdonar, Elvira?
- ELV.** No, Luis, no. Una cosa así, no tiene disculpa.
- LUIS** Reflexiona bien lo que dices, Elvira. Te lo repito. No es verdad, aunque conste en el proceso de divorcio. Luz quería divorciarse a toda costa y para ello se inventó el pretexto.
- LUZ** (Aparte, riéndose.) ¡Vaya, cree que le hablan de nuestro divorcio!
- BARÓN** ¿Cómo, cómo que se inventó? Cuando un hombre empieza por tirar jarrones...
- LUIS** Yo no he tirado nunca jarrones...
- BARÓN** Pero, ¿quién habla de tí? Estamos hablando del bárbaro de tu tío.
- LUIS** (Con un enorme suspiro de satisfacción,) ¡Ah, del tío!... Sí, el tío tira todo lo que se le pone al alcance de la mano... Pero Luz no tenía necesidad de ser tan indiscreta. Al fin y al cabo esas son intimidadas familiares. No hablemos más de esto. La cosa está ya resuelta y olvidada. Luz, dame lo mano. (Dándosela.) No se hable del asunto. (A Elvira, besándola.) Tú tampoco, tesoro mío. Y usted menos, querido papá. (Le da la mano.) Y yo, yo no he de volver a decir media palabra más. (Se estrecha él mismo las manos.)

- ELV. Pero, ¿qué te pasa, Luis? Estás muy nervioso.
- BARÓN ¡Vaya si lo está! El tío tiene la culpa. Tenemos que ver el medio de ponerle en la calle.
- LUIS ¡Eso no, querido suegro!
- BARÓN ¡Eso sí, querido yerno! Vente ahora conmigo y hablaremos.
- LUIS Hemos quedado, Luz, que sobre este asunto del divorcio no se hablará una palabra más. Se pone muy nerviosa mi mujer, ¿sabes?
- LUZ Vete tranquilo, corderito.
- LUIS Pues me voy tranquilo. Muy tranquilo. (Vase nerviosísimo con el Barón.)

ESCENA IV

ELVIRA, LUZ, después DON CLAUDIO

- LUZ (Riendo.) ¡Qué buen muchacho es corderito. ¿Verdad?
- ELV. (Dichosa.) Un corazón de oro. Hoy está un poco agitado.
- LUZ En cuanto estéis otra vez solos se la pasará.
- ELV. Así lo espero. A Luis le molestan los huéspedes.
- LUZ ¡Ah!...
- ELV. (Muy amable.) Mujer, no lo digo por tí. Tú eres de la familia y nos eres muy grata a todos. a Luis sobre todo.
- LUZ ¿De veras? ¿A él también?
- ELV. ¡Ya lo creo! ¿Quieres una prueba bien palpable? Toma. (Le da los dos cheques.)
- LUZ (Asombrada.) ¿Qué es esto?
- ELV. Veinte mil pesetas.
- LUZ ¿Para mí?
- ELV. Diez mil, de Luis... y las otras de... Bueno. De tu marido.
- LUZ ¿Cómo?
- ELV. Naturalmente. Se trata solo de una parte de lo que te corresponde de la herencia de tu madre. Espero que no pondrás reparos y lo tomarás.
- LUZ ¡Oh, no! De ningún modo. Lo tomo con mucho gusto. No me gusta desairar.
- ELV. (Besándola.) Eres muy buena.
- CLAU. ¡Cuando demonios llegará ese abogado!
- LUZ ¡Cielos! ¡Mi marido! (Estupefacción general.)

- CLAU. (A Luz.) ¡Holal! ¿Estás tú aquí?
ELV. (Poniéndose delante de Luz.) Yo se lo ruego. No la haga usted nada.
- CLAU. (Furioso.) ¡Déjeme usted solo con mi mujer!
LTZ ¡Yo no soy su mujer!
CLAU. Eso ya lo veremos. Voy pedir la revisión del proceso. (Luz se rie a carcajadas.) No te rías que me sacas de mis casillas.
- ELV. Por Dios, querido tío...
CLAU. ¡Yo no soy su tío! ¿Quién la autoriza a usted para meterse en mis asuntos de familia? ¡Vaya usted al diablo! En esta casa no se le ha perdido nada.
- ELV. (Llorando.) Esto es demasiado. Se lo contaré todo a mi marido.
- CLAU. ¡A su marido!... ¡Usted no tiene marido!
LUZ Pero, Claudio, si es...
CLAU. ¡Si sabré yo quién es! ¡De sobral (A Elvira.) Se lo advierto a usted por última vez. En nuestra familia no se le ha perdido a usted nada.
- ELV. (Angustiada.) Pero...
CLAU. Aquí no hace usted más que molestar.
ELV. ¿Que yo molesto aquí?... Pero, Luz, di tú...
LUZ (Rápida, para cortar la situación.) No hagas caso, mujer. ¿No has comprendido aún que está loco?
- CLAU. ¿Qué dices? ¿Que yo estoy?..
LUZ Sí, loco. Debiera usted ponerse en manos de un especialista.
- CLAU. ¡Ahl! ¿Yo en manos de un alienista! (Se tira de los pelos.) ¡Oh!...
ELV. Pero, tío...
CLAU. (Rugiendo.) ¡La prohíbe a usted llamarme tío!

ESCENA V

DICHOS y LUIS, Después BARON

- LUIS (Entrando.) Pero, ¿qué ruido es este?
ELV. (Echándose en sus brazos.) ¡Defiéndeme de tu tío, Luis!
- CLAU. (A Elvira.) Deje usted en paz a mi sobrino, que lo que quiere es deshacerse de usted.
- ELV. ¡Ah! Luis, pero ¿es verdad?
LUZ (Desesperada.) ¡No le escuches!

- LUIS Tranquilízate, vidita. Pero, tío, ¿qué significa esto?
- CLAU. ¿Qué significa? Que deseo que esta mujer, (Por Elvira.) salga de esta casa inmediatamente.
- LUIS ¿Mi mujer?
- CLAU. ¡Ya no es tu mujer!
- LUIS ¡Claro que es mi mujer!
- CLAU. Sí, pero tu primera mujer.
- LUIS (Al oír la palabra primera se desploma.) ¡Cielos!
- ELV. ¡Ciertamente que soy su primera mujer!
- CLAU. ¡Pues entonces aquí no pinta usted nada!
- LUIS (¡Ya no tiene remedio!)
- BARÓN (Entrando.) Quedamos, pues, mi querida Luz...
- CLAU. (Furioso.) ¡Le prohibo a usted terminantemente llamar querida Luz a mi mujer!
- BARÓN ¿Qué?
- LUZ (Al Barón.) ¡Está loco!
- CLAU. ¿Yo loco? ¡Eso quisieras tú! (Al Barón.) Debiera usted avergonzarse, pobre anciano.
- BARÓN ¿Yo anciano?
- CLAU. Anciano decrépito, senil y degenerado. (Señalando a Luis y a Elvira que permanecen abrazados.) Contemple usted ese grupo. (A Elvira.) Suelte usted a mi sobrino. (Al Barón.) ¿Consiente usted eso? Sus célebres antepasados se llenarían de vergüenza si pudiesen contemplarlo.
- ELV. ¡Y que tengamos que pasar por esto! (A Luis.) ¿Y a ti no se te ocurre nada?
- LUIS Tesoro mío... Yo perdono... Yo soy grande... Perdono... Mira cómo perdono. (Hace extrañas muecas.)
- ELV. (Decidida.) O tu tío se va de aquí en el acto, o soy yo la que se va para siempre. (Se va llorando.)
- LUIS (Furioso a Luz.) ¿Ves lo que has hecho? (Se va corriendo tras de Elvira.)
- BARÓN Pero, ¿qué dice Luis? Tú, Luz, eres completamente inocente.
- CLAU. (Que da vueltas como una fiera enjaulada se detiene ante el Barón.) ¡No tutee usted a mi mujer!
- LUZ ¡A ti qué te importa!
- CLAU. A esta mujer no la puede tutear nadie más que yo.
- BARÓN ¡Es indigno este proceder! Luz, déjeme usted a solas con este hombre.

- LUZ Con mucho gusto. (se va.)
CLAU. ¡Luz, tú te quedas aquí!
LUZ ¡No, hijo! ¡Ya tengo bastantel
CLAU. ¡Monstruo!
BARÓN Caballero, es usted un...
CLAU. ¡Déjeme usted en paz, viejo inmorall
BARÓN Efectivamente está loco. Corro a mandarle a usted un especialista. (vase.)
CLAU. ¡Anda al diablo, viejo verdel ¡Un médicool... Ya caigo. Está de acuerdo con Luz, y ya que no pueden eliminarme quisieran meterme en un manicomio para mientras tanto ellos... ¡Pues te va a salir mal la cuenta!... Por lo pronto, en esta casa no permanezco yo ni un minuto más. (vase.)

ESCENA VI

MARIA y LUIGI. Después LUIS

- MAR. (Entra seguida de Luigi.) Tenga la bondad...
LUIGI (Que viene como nuevo. Traje flamante, camisa limpia, sombrero inmenso, una pipa monumental y una chalina que quita las penas. Todo muy raro, pero muy de artista, de artista de caricatura, por supuesto.) Me avisaron nuevamente de parte de la signorina Reyes...
MAR. Espere. (vase.)
LUIGI (Va a dejar el sombrero sobre un mueble, que previamente limpia, pero no le parece buen acomodo, limpia el sombrero y, después de dudar dónde colocarle, se le encasqueta.) La signorina me llama impaciente. ¡Brava Luz! Pero io preferiría caer de nuevo en brazos del dadivoso e gentilísimo Barón.
LUIS (Sale sin fijarse en Luigi.) Elvira se ha encerrado en su cuarto y se niega a hablar conmigo en tanto esté el tío en esta casa.. ¡Qué conflicto, Dios mío, qué conflicto! (Luigi que tampoco ha visto a Luis, comienza a tocar un vals arrullador.) ¿Eh? (Fijándose en Luigi.) ¿Quién será este tipo? (Tocándole en el hombro.) Caballero...
LUIGI (Poniéndose rápidamente en pie y descubriéndose.) Perdón. Io deseo hablar con la signorina Reyes. (¡Ahora es oltrol)

- LUIS (Examinando a Luigi despacio.) (¿Esta facha?... ¿Será tal vez?...) Caballero... ¿Ha estado usted aquí antes?
- LUIGI Certamente. Io tuve ese placer. He tornato.
- LUIS ¡Ya me lo figuraba yo! ¿Habló usted con un señor de edad?
- LUIGI Certamente. Con un signor nobile, tutto cuore...
- LUIS ¡Por fin le tengo a usted! ¡Me alegro!
- LUIGI Ma io sono davvero meravigliato. ¿Con quién tengo el honore?...
- LUIS Yo soy el amo de esta casa. El verdadero amo. ¿Entiende usted?
- LUIGI Capisco. El oltre es el mecenas.
- LUIS ¡Usted es un impostor!
- LUIGI (Muy amable.) Sigoramente oi he oído mal.
- LUIS Usted ha estafado al Barón tres mil pesetas, que son las mismas que va usted a devolverme.
- LUIGI (Protegiendo el bolsillo con ambas manos.) ¿Perché?
- LUIS Porque yo he tenido que dárselas al Barón. Me las ha reclamado.
- LUIGI Una ligereza per la parte suya.
- LUIS Menos palabras y devuélvame usted en el acto el dinero.
- LUIGI No, non signor. Io he gastato algune lire en indumentaria. Queste vestito: questa cravata... Il borsalino... Tutto está carissimo, mio carissimo signore.
- LUIS Usted se deja aquí el dinero y la ropa. ¡Todo! Hasta el último céntimo.
- LUIGI ¡Oh! ¿Y la morale? Io non posso salir a la vía sin ropa, sin una mala hoja de parra...
- LUIS Pues llamaré a la policía.
- LUIGI Cosá es esta que me disgustaría en extremo.
- LUIS Lo creo.
- LUIGI E, ¿perché el escandal? Nos pondremos di acordo.
- LUIS ¿De acuerdo?
- LUIGI Io le ofrezco la mitad.
- LUIS (Asombrado.) ¡Esto es ya demasiado!
- LUIGI ¿Demasiado? Pongamos la terza parte. Mile lire.
- LUIS Bueno. ¡Basta ya!
- LUIGI Muy correcto por la parte de usted. (Saca un billete.) Tenga las mile lire. Nobleza obliga, que dicen ustedes los españoles.
- LUIS ¡He dicho que basta! O me devuelve usted

- las tres mil pesetas o de aquí sale derecho para la cárcel.
- LUIGI ¿Habla usted en serio?
- LUIS Ahora mismo lo va usted a ver. (Va a llamar.)
- LUIGI (Deteniéndole.) Excuse, signore, excuse. Tenga tutto le miserable dinero... Certo que a mí me parecía imposible ver tres mile lire juntas... Falta lo gastado en la indumentata... Non tutto. Al saestre no le he pagato per no asombrarle, per que no prenda mala costumbre...
- LUIS (Cogiendo el dinero.) Bueno. Está bien. Y ahora salga usted en seguida. (Le empuja.)
- LUIGI Oh, carísimo signore. Tiene usted un nobilísimo carácter. Mi parole de honore musicale. (Sale por el foro.)
- LUIS ¡Vamos! Me ha resultado más fácil de lo que yo creía. Voy a intentar hablar otra vez con Elvira. Tal vez se haya tranquilizado algo. (Vase.)

ESCENA VII

BARON, en seguida LUIGI

- BARÓN He telefoneado a mi médico de cabecera. El dichoso tío tiene que ser recluso en un manicomio, de lo contrario no va a dejar a Luz ni un momento de tranquilidad.
- LUIGI (Que ha dejado el hermoso sombrero y el cuaderno de música sobre el piano.) Me he dejado el bor-salino... ¡Ah, aquí está!
- BARÓN (Volviéndose y fuera de sí al ver otra vez a Luigi.) ¡Otra vez el zingaro aquí!
- LUIGI (Viendo al Barón.) ¡Oh, signor Barón! ¡Mío carísimo Barón! Cuánto me alegro de verle.
- BARÓN Pues a mí me disgusta mucho. Puede verle la señorita Reyes. Tenga la bondad de desaparecer en seguida.
- LUIGI Sus deseos son órdenes per me. Solo quiero decirle que los honorarios que usted tuvo la gentileza de pagarme, povero de mí, me han sido arrebatados aquí.
- BARÓN ¿Aquí?
- LUIGI Éco. En aquesta casa. Se ha llegado a amenazarme con la policía.
- BARÓN ¿Quién le ha amenazado?

LUIGI Certo signore exaltato. Come loco.
BARÓN ¡Ah, ya! ¡Ha sido el tío!
LUIGI ¿Es tío? Entonces tutto se queda en la sua familia.
LUZ (Dentro, llamando.) ¡Onofre!
BARÓN (Horrorizado.) ¡Cielos! ¡Ella! (Coge a Luigi por las solapas, le mete en la habitación de la izquierda, cierra y se coloca delante de la puerta.)

ESCENA VIII

BARÓN y LUZ

LUZ (Asomando recelosa.) ¿Se ha marchado ya ese hombre?
BARÓN No. Todavía no. Vete corriendo a tu cuarto para que no te vea.
LUZ Nunca podré pagarte lo bueno que eres para conmigo. Adiós. (Le tira un beso y se va.)

ESCENA IX

BARÓN y LUIGI

BARÓN (Abriendo a Luigi.) Salga y márchese inmediatamente.
LUIGI (Que tiembla medrosísimo.) Ma non sin las tres mile lire..
BARÓN Bien, pero márchese para siempre. Tenga otras tres mil pesetas.
LUIGI (Mirando los billetes y pegándose bofetaditas en la cara.) ¿E vero o non vero? ¡Tres mile lire en la mano!
BARÓN Pero a la calle en seguida. Coja su sombrero y sus papeles y que yo no le vuelva a ver más. (Vase.)
LUIGI Io no piso aquesta casa. Mi parole de honore musicale. Io volo con las tres mile lire.

ESCENA IX

LUIGI y CLAUDIO, que baja con un maletín

CLAU. Me voy de esta casa inmediatamente. (Mira con desconfianza a Luigi.)
LUIGI Caballero...

- CLAU. (Deja el maletín en el suelo y va hacia él con los ojos muy abiertos. Luigi retrocede espantado.) ¿Qué busca usted aquí?
- LUIGI Me avisaron... Me hicieron venir...
- CLAU. ¿Quién?
- LUIGI La signorina Luz Reyes...
- CLAU. (¡Ah, el alienista!) ¿Le ha dicho a usted ya ella para lo que le llama?
- LUIGI No. Yo he hablado con el signor Barón. El me pagó esplendorosamente mis honorarios.
- CLAU. ¿Le han pagado adelantado y todo para que diga que yo estoy loco? ¿No es eso?
- LUIGI Io non capisco...
- CLAU. ¿Se atreverá usted a sostener que yo estoy loco?
- LUIGI (Angustiado.) ¿Cómo?
- CLAU. (Autoritario.) ¡Míreme usted a los ojos!
- LUIGI Signori... (Retrocede.)
- CLAU. (Dando una patada al maletín.) ¡Le he dicho a usted que me mire a los ojos!
- LUIGI (Le levanta los párpados y mira.) Negros. Completamente negros.
- CLAU. Yo no le pregunto a usted por el color. Lo que quiero es que me diga si estos ojos son de loco.
- LUIGI (Aterrado.) Oh, no, non.
- CLAU. (Dándole la mano.) ¡Gracias! Es usted un caballero. Yo soy un hombre robusto, no un viejo como el otro.
- LUIGI Io le felicito. Aunque no soy médico.
- CLAU. ¿No es usted un alienista?
- LUIGI ¿Qué cosa es alienista?
- CLAU. Un médico de locos.
- LUIGI Todavía no.
- CLAU. ¡Voto al diablo! ¿Entonces qué es usted? ¿No acaba de decirme que mi mujer le había mandado llamar?
- LUIGI Debe ser tutto un errore. Io no conozco a sua distinguida esposa.
- CLAU. Antes me dijo que Luz Reyes le había hecho venir.
- LUIGI Eco es verdad.
- CLAU. ¡Y Luz Reyes es mi mujer!
- LUIGI ¡Oh, ahora capisco! ¿Usted es el marido engañato?
- CLAU. (Furioso.) ¿Qué dice usted?
- LUIGI ¡Oh, perdonate! Io creí que lo sabía.

- CLAU. ¿Que yo lo sabía? ¿El qué? (Le coge y le zarandeo.)
- LUIGI (Balbuceando.) Que la sua moglie... e le Barón. . En una parole. . que el Barón e la sua esposa. . ¡Ecol! Que él con ella e ella con él... En fin, que... usted era consentutto.
- CLAU. (soltándole) ¡Ahora empiezo a ver claro!
- LUIGI E io oscuro. ¡Negro!
- CLAU. ¡Ese viejo inmoral!... ¡Ah, pero va a saber quién soy!... Usted será mi testigo. Le voy a poner a usted frente a él y en su presencia repetirá...
- LUIGI Oh, es un trance molto desagradable per me.
- CLAU. ¿Por qué?
- LUIGI Perché el signor Barón me dió tres mile lire con la condicione de que no tornare per aquesta casa. Io se lo he prometido empenando me parole de honore musicale.
- CLAU. (De repente) ¿Si yo le doy a usted cinco mil pesetas sería usted capaz de faltar a su palabra?
- LUIGI (Rápido.) Sicoramente, signor.
- CLAU. ¡Es usted un hombre de honor! Tome usted. (Le da los billetes.) Ahora va usted a subir a mi cuarto y no saldrá de él hasta que yo le llame. Entonces, en su misma cara le dirá usted que es el amante de Luz Reyes. ¿Entendido?
- LUIGI Le doy mi parole de honore musicale, sacra per me.
- CLAU. Pues venga por aquí. (Se le lleva por la escalera.)

ESCENA X

LUIS Y CARLOS

- LUIS (Desesperado.) ¡Carlos, yo ya no soy un hombre!... ¡En qué lío más monstruoso me has metido con lo de la prima!
- CAR. Yo lo hice con la mejor intención.
- LUIS No lo dudo... Pero lo cierto es que las cosas no pueden continuar así. Una complicación más y te aseguro que me vuelvo loco. No hay más que una solución. Contárselo todo a mi mujer.
- CAR. Pues hazlo.
- LUIS Mi mujer se ha encerrado y no quiere ha-

- blar conmigo. (De repente) ¡Ab, pero a ti no te puedenegar una entrevista. Anda. Hazme el favor. Habla con ella.
- CAR. Si con eso te puedo ayudar, lo haré con mucho gusto.
- LUIS (Dándole la mano.) Gracias, Carlos.
- CAR. Pero con una condición.
- LUIS Concedido por anticipado.
- CAR. Que intercedas tú con Luz en mi favor.
- LUIS ¿Que interceda?...
- CAR. Sí. Luz tiene que ser mi mujer.
- LUIS ¿Lo has pensado bien?

ESCENA XI

DICHOS y ELVIRA

- ELV. (De su habitación.) ¿Está usted aquí, amigo Carlos? Le hemos echado de menos.
- CAR. (Estrechándole la mano.) Es usted muy bondadosa.
- LUIS Queridísima Elvira...
- ELV. ¡Estate tú callado!
- LUIS Ya lo estoy. (Hace señas a Carlos para que hable.)
- CAR. Mi querida señora... Me es muy desagradable tenerlo que reconocer, pero aquí hay un gran error...
- ELV. ¿Un gran error? ¿Cómo?...
- CAR. Tenga la bondad de escucharme.
- LUIS Sí. Escúchale.
- ELV. (Sin hacer caso de Luis.) Pues hable usted. (se sienta en el sofá.)
- CAR. Pues como le decía... se trata de algo poco agradable...
- LUIS Pero muy inocente al mismo tiempo...
- ELV. (A Carlos) ¿Y bien?...
- CAR. (Muy apurado.) Pues nada... Es el caso... No como usted lo piensa, sino todo lo contrario.
- LUIS Eso es. Todo lo contrario. Absolutamente todo lo contrario... Sigue, Carlos, sigue.
- ELV. Sí, Carlos. Hable usted. Luis parece estar muy excitado.
- CAR. Sí, porque al fin y al cabo no es ningún milagro que...
- LUIS Y eso sí que te lo puedo yo asegurar, querida Elvirita. Si yo hubiera estado en casa.

cuando llegó la carta... no te la hubiera enseñado...

ELV. ¡Ahl
LUIS Quiero decir que te la hubiera enseñado, pero al mismo tiempo, ¿qué habría hecho? Díselo tú, Carlos.

CAR. Pues la hubiera dicho a usted que Luz... es...
LUIS Mejor que no es... Eso es... que no es... pero que a pesar de todo es... Sigue, Carlos.

CAR. Claro. Es y no es.
LUIS Y siendo mi prima mi primera tú no eres realmente mi segunda, porque en ley eres mi primera. Y si tercia Carlos es para decirte todo.

CAR. No veíamos otra solución.
ELV. (Impaciente.) Bien, pero ¿cuándo voy a llegar a enterarme de esta charada que me están ustedes contando?

LUIS (Con cariño y temor.) Te enterarás de todo, Elvirita, de todo. Vaya si te enterarás. No faltaría más. Habla, Carlos.

CAR. Mejor es que hables tú. Ahora estabas en camino.

LUIS ¡En camino quisiera yo verme! En un tren expreso. En un auto de cien caballos. Corriendo, corriendo lejos de Madrid a ciento veinte por hora y a solas contigo, Elvira mía. Hacer un viaje lejos, muy lejos... Que todo se fuera quedando detrás de nosotros. ¿No te parecería ideal?

ELV. ¿Quieres acabar de explicarme?...

LUIS Pues bien. (Lanzando un profundo suspiro.) ¡Mi tía Camila no tuvo nunca ninguna hija!

ELV. ¿Entonces Luz es?...

LUIS (Decidido.) ¡No lo es!

ELV. (Mirando a Carlos.) ¿Cómo?

CAR. (Enérgico y decidido, igual que Luis.) ¡No lo es, con toda seguridad!

ELV. Pues ¿qué es entonces?

LUIS Algo muy distinto.

CAR. Muy distinto. Pero no es su prima.

LUIS ¡Vaya, por fin está dicho! (A Elvira.) ¿Qué dices ahora?

ELV. ¡Que no es tu prima!

LUIS No. Carlos te puede dar su palabra de honor de que no lo es.

ELV. Entonces... Era cierta mi primera sospecha...
LUIS ¿Qué sospecha?

- ELV. ¡Luz es tu amante!
- LUIS No. No lo es... Es algo peor todavía.
- ELV. ¿Peor? ¿Puede haber algo peor?
- LUIS (Muy apesadumbrado, diciendo que sí con la cabeza.)
¡Sí, sí! Sí lo hay... ¿No es verdad, Carlos que lo hay?
- CAR. ¡Sí, sí lo hay!
- ELV. (Llorando.) ¡Ay, desgraciada de mí
- LUIS ¿Ves tú? Ahora llora. (Muy tierno, a Elvira.) No llores, tesoro mío. Si tú lloras, empiezo yo también... Piensa que al fin y al cabo estamos divorciados...
- ELV. (Dando un salto.) ¿Qué?
- CAR. Sí. Divorciados. Un divorcio con todas las de la ley.
- E. V. ¡Ahora me explico el proceder del tío! Tú le dijiste que estábamos divorciados, para así poder tener aquí a Luz...
- LUIS No, mujer, de ti no... Eso nunca. Te lo juro. De ti no me divorciaría nunca aunque pudiera.
- ELV. ¡Ay, yo me vuelvo loca! ¿De quién entonces?
- LUIS (Después de tomar aliento.) ¡De Luz!
- ELV. Entonces, ¿Luz es?...
- CAR. La mujer divorciada de Luis.
- ELV. Pero, ¿no es la mujer divorciada del tío Claudio?
- LUIS Además, además...
- ELV. ¡Engañarme de ese modo! (Llora.) Pero, ¿y cómo puedes estar divorciado?
- LUIS Porque me casé en América... En medio de todo, era un matrimonio sin validez... Civil nada más.
- ELV. ¡Déjame, déjame! No podré sobrevivir a este disgusto. Mañana mismo nos iremos nosotros también a América.
- LUIS ¡Eso, eso!
- ELV. Para allí poder divorciarnos, ya que en España no es posible. ¡Qué desgracia, qué desgracia! (Vase llorando a su habitación.)
- LUIS Anda, Carlos, vé tras ella, trata de apaciguarla.
- CAR. Bien, pero tú habla con Luz.
- LUIS (Empujándole.) Sí, descuida, pero anda, que no se encierre de nuevo. (Vase Carlos.) ¡Dios mío, con tal de que todo termine en paz!... Pero pase lo que pase, ahora es cuando Luz tiene que irse de aquí.

ESCENA XI

LUIS y LUZ

LUZ ¿Qué te pasa, corderito? ¿Estás hablando solo?

LUIS ¡Ah! ¿Estás ahí?

LUZ ¿Cómo tan agitado?

LUIS Acabo de confesárselo todo a mi mujer.

LUZ ¿Y qué cara ha puesto ella?

LUIS ¡Figúrate! Se ha echado a llorar como una Magdalena y hasta quiere divorciarse.

LUZ Está visto que no tienes suerte con las mujeres.

LUIS (Furioso.) ¡Déjate de bromas, te lo ruego! Carlos está ahora con ella y trata de apaciguarla. ¡Ah! A propósito de Carlos. ¿Te gusta?

LUZ No me disgusta.

LUIS Es un partido excelente. Tiene mucho dinero. Muchísimo dinero.

LUZ Eso no está demás nunca.

LUIS Por ti está dispuesto a arruinarse. No le asustan los viajes. Ya ves, ahora viene de Rusia y está dispuesto a marcharse a Bogotá. Creo que aquello es divino.

LUZ ¿De veras?

LUIS Yo, en tu lugar, ni lo dudaría siquiera. Inmediatamente iría a decirle: Aquí estoy, Carlos. Partamos inmediatamente para el Polo Sur.

LUZ (Riendo.) Pero, ¿por qué tanta prisa?

LUIS ¿No quieres emprender el viaje hasta mañana? Bien. No hay inconveniente, pero vete a pasar la noche a un hotel.

LUZ ¿A un hotel?

LUIS Claro. No puedes dormir bajo el mismo techo que tu novio. Se criticaría. Ya sabes que en esta casa se rinde culto a la moral. ¿Qué diría el Barón?

LUZ (Riéndose.) ¿Qué diría? Se le puede preguntar. (Vase riendo.)

LUIS Bueno. Esto ya está resuelto. ¡Gracias a Dios! ¡Pobre Carlos! Buena le espera. Como no empiece pronto a heredar a sus numerosos tíos, le veremos pidiendo limosna. Pero, ¿dónde estará? ¡Carlos!

ESCENA XII

LUIS y CARLOS

- CAR. Luis, dame las gracias. Creo que...
LUIS ¿La has calmado? ¿Me perdona?
CAR. Sí.
LUIS (Estrechándole conmovido la mano.) ¡No olvidaré nunca lo que has hecho por mí ¡Eres mi mejor amigo!... Pero también tú tienes por qué darme las gracias.
CAR. ¿Has hablado con Luz?
LUIS Aquí. Ahora mismo.
CAR. ¿Y qué?...
LUIS De acuerdo.
CAR. (Entusiasmado.) ¿De veras?
LUIS Y tan de veras. Todo está convenido. El viaje de boda le haréis a Bogotá, o mejor al Polo Sur. Ella no solo lo desea. Lo exige. Quiere partir en seguida.
CAR. ¿Será verdad? ¿Cómo?
LUIS No me preguntes. No pierdas tiempo. Vete a encargar los billetes. No quiere llevar equipaje. Anda, vete corriendo a una agencia...
CAR. Pero yo tengo antes...
LUIS No te hace falta nada. Por telégrafo te enviaré yo las maletas.
CAR. ¿Cómo por telégrafo?
LUIS Sí, tú me telegrafías pidiendo lo que necesitas y yo te lo voy mandando. Vete, vete por los billetes pero ven pronto.
CAR. ¡Ya lo creo! ¡Volaré en alas del amor! Voy a comprar unas flores. (Vase.)
LUIS ¡Pobre muchacho!

ESCENA XIII

LUIS, DON CLAUDIO, después, ELVIRA

- CLAU. (Muy agitado.) ¡Hola, Luis!
LUIS ¡El tío!
CLAU. Me alegro mucho de encontrarte...
LUIS Tío, por fin nos vamos a ver libres de ella.
CLAU. ¿Cómo libres? ¿De quién?

- LUIS ¡De Luz! ¡Qué suerte! Carlos carga con ella.
CLAU. ¿Que carga con ella? ¿Qué quiere decir eso?
LUIS Luz acaba de decirme que consiente en casarse con él.
CLAU. (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!
LUIS ¿Le alegra a usted, verdad?
CLAU. Yo creo que en ese asunto pinto yo algo también.
LUIS Pero, tío. ¡Si usted está divorciado de ella!
CLAU. Sí, pero la amo todavía. (Furioso.)
LUIS ¿Todavía?
CLAU. Más que nunca. Esto es lo raro. La odio y la quiero al mismo tiempo. No sé si la quiero porque la odio o si la odio porque la quiero.
LUIS ¡Pobre tío!
CLAU. ¡Y jugarme esa partida con el Barón!...
LUIS ¿Qué pasa con el Barón?
CLAU. ¡Luz es su amante!
LUIS No lo crea usted, tío. Eso no es verdad. Es un error.
CLAU. No, sobrino. No me equivoco. Tengo un testigo y te le voy a traer. (Sube a su cuarto.)
ELV. (Asomando.) Luis...
LUIS ¿Quieres perdonarme?
ELV. Sí, pero tienes que prometerme no volver a engañarme en la vida.
LUIS ¡Te lo prometo!

ESCENA XIV

DICHOS, el BARÓN, LUZ, después DON CLAUDIO, LUIGI y CARLOS

- BARÓN Querido yerno. Luz, con su hermosa franqueza, me lo ha contado todo y ha intercedido para que te perdone. Y lo hago sólo...
LUZ Sólo por mí. ¿Verdad, Onofrito?
BARÓN Así es, bella Luz. (La besa la mano.)
CLAU. (Bajando con Luigi.) ¡Ya están otra vez juntos! (A Luigi.) Ahora dígame usted a ese señor en su cara lo que es.
LUIGI (Dirigiéndose al Barón en medio delasombro de todos.) Perdonate, signore Barón. Usted es el amante de Luz Reyes.
CLAU. (Triunfal.) ¿Qué contesta usted?
LUIS ¡Ese hombre es un embaucador!

- BARÓN ¡Un sinvergüenza! Apuesto a que ni siquiera es zingaro.
- ELV. Carlos, ¿quién es este hombre?
- LUIGI Io sono el maestro de canto, llamato para ensayar con la signorina Reyes.
(Todos menos don Claudio rompen a reir.)
- BARÓN ¡Ah, ahora me explico!...
- LUZ (A Luigi.) Ya no le necesito a usted, maestro. Dispéñseme que le haya molestado en balde.
- LUIGI Oh, no en balde. Molto díe como hoy desearia io. Salute, gentilismos signores. (Mutis.)
- CLAU. ¡Parece que ha caído un rayo a mis piés!
- ELV. Por el contrario, tío. La tormenta ha pasado ya.
- CLAU. Luis, hijo, me has dicho que se lo has confesado todo a tu mujer, pero, ¿me puedes decir quién es tu mujer?
- LUIS Delante la tiene usted. Está.
- CLAU. ¿Esta?... Pues, ¿y la divorciada?
- LUIS Mírela usted.
- CLAU. (Tirándose de los pelos.) ¡Yo me vuelvo loco!
- CAR. (Por el foro con un gigantesco ramo de lilas.) LUZ, mi adorada Luz. Acepte usted estas flores y dígame si es cierto que está usted dispuesta a partir para el Polo Sur.
- LUZ Con mucho gusto, si me lo permite mi prometido. (Señala al Barón, que se inclina.)
- TODOS ¿Qué? ¿Cómo?
- BARÓN Sí. Luz acaba de concederme su linda mano.
- TODOS ¡Su novia!
- LUIS (Balbuciente.) ¿Su prometida?... Entonces vas a ser...
- LUZ Sí, corderito... ¡Tu suegra!
- (Telón rápido.)

Obras de Antonio Fernández Lepina

- Estrella*, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)
- La mujer de Cartón*, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)
- Hilvanés*, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro de la Princesa)
- La fea del ole*, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)
- Don Gregorio el Emplazado*, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
- Chiquita y bonita*, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)
- Los cuatro trapos*, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)
- Suspiros de fraile*, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín)
- El mantón de la China*, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)
- La corte de los milagros*, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)
- Los envidiosos*, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)
- La señora Barba-Azul*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)
- El hongo de Pérez*, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)
- La loca fortuna*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
- Pathé, Freres*, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

- El jipijapa*, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)
- La perra gorda*, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)
- La vocación de Pepito*, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocati6n du fils du Monducet», de Franca Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)
- El nuevo testamento*, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol. música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)
- El caballo de Espartero*, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)
- El servicio doméstico*, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur» de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán.)
- Las sagradas boyaderas*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quisiant. y Vela. (Teatro Martín.)
- Los chicos de la Calle*, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.) (Traducido al portugués.)
- El señor Duque*, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)
- Una buena muchacha*, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino López, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)
- La última opereta*, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo.)
- La maja de los Madriles*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
- Lulú*, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)
- La Rosario*, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)
- El valiente capitán*, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)
- Mario y María*, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

- La Eva ideal*, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez (Teatro de Novedades.)
- La embajadora*, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida al italiano.)
- El palacio de la marquesa*, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.)
- La aventura del coche*, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán y al portugués.)
- La señorita Mariposa*, comedia en tres actos. (Teatro Lara)
- Un lío del otro mundo*, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán.)
- La máscara y el rostro*, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona)
- La maestrilla*, comedia en tres actos de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro de Lara.)
- El drama de la botica*, juguete cómico en dos actos. (Teatro Cómico.)
- Una broma de salón*, juguete cómico en un acto. (Teatro Cómico.)
- Un buen amigo*, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)
- Mi sobrino Fernando*, juguete cómico en tres actos. (Teatro Cómico.)
- La reina de la opereta*, vodevil en tres actos, adaptación de una obra alemana. (Teatro Lara.)

La edición de esta obra se hace exclusivamente para servir los archivos de las compañías que han de representarla, y se facilitan a **TRES** pesetas cada ejemplar en la Sociedad de Autores